

IMPRIMER

SIMPLES AMORES

PIERRE MAËL

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

I

Al entrar aquel día, a eso de las nueve de la mañana, en el cuarto de su amo, la vieja criada Tina se detuvo de repente en el umbral y se quedó muda y paralizada por la sorpresa.

Hacía treinta y cinco años que Tina estaba sirviendo en casa del doctor Hugo Budinio, y nunca había visto lo que entonces estaba viendo.

De ordinario, al dar las nueve de la mañana, hacía ya una hora, que el doctor Budinio estaba haciendo sus visitas.

Ahora bien, tal como lo vio con estupefacción la buena Tina, en aquella mañana de julio, el doctor estaba ocupado en regar un tiesto de flores en el alféizar de la ventana.

La tal ventana destacaba, su ancho cuadro en medio de la hiedra, de las enredaderas, de los jazmines de España y de las campanillas de todos colores que daban el asalto a la casa, con un ímpetu desordenado.

Abajo, en los cuadros del jardín, se veía el mismo desorden campestre y exuberante. Rosales soberbios brillantes de salud a pesar de las innumerables plantas parásitas y glotonas que oprimían sus tallos, multitud de azucenas, de tulipanes, de jacintos y de lilas como árboles, sin contar los castaños y las acacias en plena florescencia, mezclaban allí sus cabelleras magníficas y enmarañadas.

-¡Jesús, Dios mío! - exclamó la buena anciana; -¿qué está usted haciendo ahí, señor?

Al oír esa exclamación, el jardinero improvisado se volvió.

Levantó hacia la frente sus gafas de concha, y después de un segundo de plácida y condescendiente mirada, respondió:

-¡Ya lo ves, Tina; estoy regando! -¡Usted regando! ¿Y qué es lo que riega usted, Dios mío?

El viejo se echó a reír y respondió alegremente.

- ¡Oh! Ven a ver, ven a ver, si quieres.

La criada se aproximó al tiesto y lo examinó con curiosidad.

- ¿Qué es este esqueje? -preguntó sorprendida.

El doctor Budinio, se puso a frotarse jovialmente las manos, haciendo sonar de vez en cuando, las articulaciones de las falanges, lo que era en él señal de gran contento.

El esqueje, como le llamaba Tina, era una planta débil, sin gran brillo, de hojas bastante semejantes a las del laurel, de tallo largo poco frondoso y que terminaba en dos o tres panojas rígidas, una de las cuales comenzaba a transformarse en una especie de tirso formado de florecillas violeta.

-¿De modo -preguntó alegremente el doctor- que no sabes lo que es esto?

-Pues no, señor -respondió sinceramente la criada.

El viejo se echó a reír, dominado por un visible buen humor.

-Ahí tienes lo que es no saber las cosas. Esta planta, amiga Tina, es una verónica.

-¿Una verónica? -repitió la doméstica- cuyos ojos dejaron ver su ignorancia.

El doctor volvió a soltar la carcajada.

-¡Vamos, vamos! Veo que no caes cuenta. ¿Quién se llama Verónica en la casa?

- ¡No sé! -respondió todavía la vieja.

Entonces el médico puso la mano en el hombro de la criada.

-Es preciso, sin embargo, que lo sepas, amiga. Verónica es el nombre de pila, el verdadero nombre de una persona a quien conoces muy bien a quien quieres más todavía, y que vuelve hoy a casa.

La buena anciana lanzó una exclamación de verdadera sorpresa.

-¿De Maina, de la señorita Maina acaso?

¡Ah! Esta es buena,... ¿Cómo es que nunca lo he sabido? No me lo explico.

-Porque -respondió Budinio- nunca te lo he querido decir. Maina detesta su nombre y no puede admitir el ser llamada de ese modo.

Tina rompió a reír con esa buena risa de campesina maliciosa.

- ¡Ahora comprendo!... y comprendo también que ha querido usted complacerla ofreciéndole ese tiesto; ha perdido lindamente el tiempo, señor doctor.

El doctor se quedó suspenso y miró a su criada con aspecto enteramente desconcertado.

¡Era verdad! No había pensado en eso ni un segundo... Había sido preciso que aquella astuta de Tina, le hiciese la observación para que él se diese cuenta de ello. ¡Y bien! ¡Era oportuno el doctor en sus regalos!

Y con una vivacidad de impresión y de humor impropio de su edad, Budinio cedió al despecho que acababa de apoderarse de él, y cogiendo con las dos manos el desdichado tiesto, exclamó con rabia:

- ¡Y pensar que hace diez días que lo estoy regando así mañana y noche!

No acabó la frase.

La planta de verónica, continente y contenido, pasó como un bólido a través de la ventana y fue a hacerse pedazos en las piedras del patinillo, que precedía al jardín.

Esta vez Tina montó en cólera, aunque en una cólera cómica.

- Pregunto yo, señor doctor, si está bien que un anciano de la edad de usted se ponga a romper las cosas como rompe los juguetes un niño mal criado... Y todo porque he dicho que si a la señorita Maina no le gusta que le llamen Verónica, iba usted a hacer un mal regalo...

El doctor Budinio pareció avergonzado por aquel movimiento de vivacidad.

Cogió bruscamente su sombrero de fieltro de anchas alas, sacó el bastón de puño de oro de un estuche de hierro que tenía colgado a los pies de la cama y se dispuso a salir, diciendo:

- Mejor hubiera hecho en marcharme una hora antes. Por lo menos, mis enfermos lo hubieran aprovechado.

Su alegría de un momento antes se había cambiado positivamente en mal humor.

Pero en aquel excelente hombre el mal humor no duraba mucho.

Pronto tomaron otro curso sus ideas.

Y mientras se dirigía a la escalera del primer piso, iba murmurando:

-¡Verónica!... ¡Verónica!... ¿Acaso le hace ser menos bonita o menos amable el llamarse Verónica? ¿Acaso le pregunté yo su nombre el día en que?... ¡Ah! La verdad es que ha cambiado mucho desde entonces y que ha crecido... La pequeña niña abandonada se ha hecho una mujer... ¡Qué lejos está todo aquello! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Dieciocho años ya!

Sus ojos se iluminaron con un cálido fulgor y una sonrisa de bondad dio expansión a su fisonomía.

- Ahora vuelve a casa y esta vez es para siempre...

Budinio dio unos pasos hacia la puerta y se volvió de pronto.

-¡Tina! -llamó.

La criada acudió sonriendo.

-¿Qué ocurre señor? -preguntó.

Ya sospechaba ella lo que ocurría. Estaba muy acostumbrada al modo de ser de su amo.

El doctor pareció vacilar un momento y después dijo en el tono en que se hacen las confidencias:

- Escucha, estoy sintiendo ahora haber roto el tiesto. Que se llame Verónica o de otro modo poco importa. De todas suertes la hubiera complacido.

Tina vió que era aquél un gran remordimiento para su amo y movió la cabeza sonriendo.

- Váyase, váyase usted, señor; puede usted salir tranquilo. Lo único que se ha roto ha sido el tiesto; la planta no ha padecido. Yo repararé todo esto.

Budinio, ya tranquilo, dió la vuelta al picaporte de la puerta.

Pero en ese momento se produjo un verdadero efecto teatral y resonó una doble exclamación:

- ¡Mi tío!

- ¡Joel!

Un joven alto, delgado y rubio, del tipo fino y acusado de la raza leonarda, de barba rubia, clara y sedosa, hizo irrupción en el corredor y se precipitó al cuello del viejo.

- ¡Vamos allá! -gruñó éste- otro retardo para la visita... ¿Pero, tú, de dónde sales?

- Del tren, tío, acabo de llegar.

- ¿Acabas de llegar?

- Sin duda. He tomado el grado de licenciado y he tenido todas las bolas blancas. Soy médico desde anteayer.

Budinio se levantó el sombrero y se lo volvió a poner en la parte posterior de la cabeza. Después y mientras dos lagrimones corrían por sus mejillas, abrió los brazos sin soltar el bastón de la mano derecha.

- ¡Bravo, muchacho! ¡Y yo que había olvidado abrazarte! Anda, abrázame dos veces...

Y el abrazo de los dos hombres fue conmovedor y caluroso.

Después de lo cual llegó la vez a Tina. Joel le plantó en los carrillos dos grandes y sonoros besos que la buena mujer le devolvió con usura.

- Ahora me voy a ver mis enfermos -dijo Budinio. -Tina, hoy es fiesta en casa y hay que hacer todos los extraordinarios. Echa la casa por la ventana..

Joel quiso retener a su tío por la manga.

- Pero, a propósito, tío; ya sabe usted que no vengo solo.

- ¿Cómo que no vienes solo?

- Maina va a llegar de un momento a otro.

- No la espero hasta esta noche.

- Está usted en un error tío, hemos hecho el viaje juntos y ahora está en casa de la señora del Closquet, con la que ha venido y le ha hecho quedarse a almorzar. Llegará dentro de una hora, pues tiene prisa por verlo a usted.

El viejo se enjugó los ojos.

- Pero el sentimiento de sus deberes profesionales lo dominó todo.

Miró el reloj y de un golpe con la palma de la mano se encasquetó el sombrero en la cabeza.

Y sin escuchar nada más, se lanzó fuera de la casa.

Bajó los escalones de cuatro en cuatro, abrió la puerta de la calle, que cerró enseguida de un portazo, y echó a andar con paso vivo por las gruesas piedras del pueblo.

En todo su recorrido la gente lo saludaba con respeto y sin ofenderse por la negligencia del buen señor en devolver los saludos.

Sabían que el viejo doctor, providencia de los pobres y sostén de los enfermos de la buena ciudad de Saint-Malo, estaba siempre tan ocupado y tan distraído.

Y el doctor Budinio siguió andando de aquel modo, con su paso vivo y ligero, a pesar de sus sesenta y cinco años de edad, que eran sobretodo sesenta y cinco años de trabajo obstinado y de abnegación repartida sin cuenta.

Ahora bien, aquel día tenía que ir muy lejos; no a ver su clientela acomodada de la calle de Saint-Vincent y del muelle Duguay-Trouin, sino allá abajo, extramuros, al Sillón y hasta el arrabal Rocabey.

Porque aquella era su sociedad predilecta.

Le gustaba prodigar sus cuidados a aquella población pobre, a aquella buena gente, la mitad de cuya existencia se pasa en el mar y cuya desnudez robusta y virtuosa no siente envidia respecto de los venturosos de la tierra.

Los había asistido durante cuarenta años y nunca había tenido ambición más alta, pues sabía muy bien lo poco que es el hombre para atribuir importancia ninguna a las futilidades de la vanidad humana.

Por lo demás, Hugo Budinio, hijo y nieto de marinos, no estimaba más que a los marinos, fuera de su propia carrera.

Y todavía no estaba seguro de que no había seguido la carrera de sus antepasados, si no hubiera sido por una ligera cojera que le había hecho inútil para el servicio militar.

Personalmente, Budinio no era hijo de Saint-Malo. Era de la otra costa, de la del Morbihán, por su padre, y Hugo había nacido muy lejos de las orillas de Bretaña, en la India, en los tiempos en que las guerras entre ingleses y franceses hacían muy dura la estancia en las colonias para los expatriados de los dos países.

Su madre había muerto dejándole una casa, y como aquella señora era de Saint-Malo, el joven Hugo se vió obligado a instalarse allí el día en que después de una permanencia de cinco años en los barcos del Estado, se estableció definitivamente en aquellas viejas rocas.

Su reputación se había hecho universal y lo obligaba también a estarse quieto.

Se iba desde muy lejos para consultarle; de Avranches, de Con-tancio, de Dol, de Dinant; y él extendía sus benéficas visitas hasta Dinard y Paramé, en el verano, para cuidar a los y a las bañistas, multitud abigarrada y cosmopolita, pájaros de tránsito venidos de un vuelo desde los horizontes del Este, y más particularmente de París.

¡Oh! ¡Qué honrado, qué santo hombre, aquel doctor Budinio! ¡Con qué piadoso fervor pronunciaban los pobres su nombre para cubrirlo de bendiciones!

¡Qué pura y abundante caridad sembraba y repartía a su alrededor, al no hacer solamente la limosna de la receta sino la del remedio! ¡Cuántas veces, ante las caras desoladas y abatidas de los desgraciados que miraban aturdidos la receta, había él sacado del bolsillo las monedas de plata, escasas sin embargo, que hacían falta para pagar al boticario!

Sí, se podía decir, sin miedo de engañarse, que aquel hombre era un santo.

Su paciencia y su dulzura eran inalterables.

Sus palabras eran escasas de ordinario. Pero algunas veces se volvía locuaz, cuando se trataba de decidir a algún viejo bronceado por el Océano a dejarse cuidar según las exigencias de su enfermedad.

En aquellos momentos la facundia del doctor recurría para sus efectos a todos los vocabularios.

¡Vamos a ver, mil truenos, especie de tozudo! ¿Crees que vengo aquí para divertirme? Si tu piel de tiburón no me interesara, más que en la medida de su valor, te largaría a todas las corrientes de la costa. Ya ves que si vengo es para curarte. ¡Epa! Muchacho, te voy a hacer tragar este caramelo como una seda.

No hay para qué decir que el «caramelo» era siempre alguno de esos productos abominables de la farmacopea antigua y moderna que provocan náuseas y hacen echar el alma a los menos sensibles. Porque el doctor Budinio no estaba por las atenuaciones ni por los paliativos. Un remedio es un remedio y no una golosina.

De este modo se comprende que no recurriera ni a las píldoras ni a los sellos tan corrientemente empleados en nuestros días.

Aquella mañana, pues, era con los pobres con quienes el doctor Budinio tenía qué hacer.

En cuanto le vieron aparecer a lo lejos por la bajada del Sillón, sus clientes ordinarios salieron a su encuentro.

Y aquellos silenciosos habituales, a cuyo contacto el doctor había acaso contraído su laconismo, se volvían habladores con él.

Budinio hizo rápidamente las visitas, pues tenía prisa por volver a su casa.

Y, por fortuna, el número de enfermos no era considerable, por lo que pudo recorrer pronto sus humildes moradas.

De cuando en cuando repartía cachetitos amistosos en las caras mofletudas, de chicos y chicuelas, malas piezas, saturadas de yodo y de oxígeno, y futuras esposas y madres de marineros.

Al ver que su paso era aquel día un poco apresurado, un hombre, a quien él había sacado adelante de una caída de lo alto de las fortificaciones, el posadero Cailleux, lo llamó muy respetuosamente.

-Señor doctor, acabo de embotellar una sidra como no la encontrará usted en diez leguas. Sería para mí un honor que usted la probase.

El viejo sintió cierta vacilación. La sidra era una de sus debilidades.

Después, decidiéndose de repente, ofreció la mano al posadero.

-¡Bah! Venga un vaso de sidra, Cailleux pero despachémonos, porque estoy de prisa.

-¿Qué tiene usted, pues, que le urge tanto, señor doctor?

-Tengo, amigo, que mi ahijada ha llegado a Saint-Malo y debe de estar esperándome a estas horas. Y hace un año que no la veo, a esa pobre niña.

Cailleux se frotó alegremente las manos y contestó:

-¡Pardiez! Señor doctor, no tardará usted más por esto. Mi carrito está enganchado y yo voy a mis negocios a la ciudad. Voy a llevarlo a usted sin cumplimientos.

Y el posadero dijo unas palabras a su mujer mientras llenaba vivamente los vasos.

Diez minutos después, y en el momento, en que el doctor ponía el pie en el estribo del vehículo, se quedó no poco sorprendido al encontrar la zaga cubierta de ramos de todos los matices.

Unos cuantos jóvenes y vicios del uno y otro sexo estaban alrededor para gozar de la feliz sorpresa de su bienhechor.

Y cuando Budinio quiso protestar por aquel lujo de florescencia le dijo riendo una muchacha muy linda -¿Sabe usted, señor doctor? Eso no es para, usted; es para la señorita.

II

Una hora más tarde el tío y el sobrino estaban acabando de almorzar. El viejo había estado muy agitado durante todo el almuerzo.

¡Pardiez! - murmuraba entre dientes;- pregunto yo, mi buen Joel, si la señora del Closquet no hubiera podido escoger otro día para convidar a Maina a comer. ¿No soy yo quien tiene derecho a las primeras efusiones de su primer comida de bienvenida de esa niña? De este modo ha hecho en casa extraña.

- ¡Oh! ¡En casa extraña, tío. Me parece que...

-¿Qué exagero acaso?... Pues bien, si, tienes razón. En casa de la señora del Closquet nuestra Maina está en familia. Pero, vamos a ver, puesto que esa buena amiga ha estado con ella durante todo el viaje, ¿no podía habérmela traído directamente al llegar?

- Sin duda, tío, sin duda. Pero, ahí tiene usted, la señora del Closquet ha pensado que acaso Maina, que se estaba muriendo literalmente de hambre, encontraría más pronto en su casa el almuerzo que necesitaba enseguida.

Aquí intervino Tina, que se dio por aludida.

- ¿Pero es posible creer eso, señor Joel? Entonces, ¿usted piensa, que la pequeña no hubiera encontrado aquí nada que comer al llegar?... ¿Cree usted que la vieja Tina ha perdido tanto el seso, que no hubiese pensado en la señorita? Y bien, para humillarlo a usted, voy a enseñarle todo lo que había preparado para cuando volviese esa niña.

Joel protestó con todas sus fuerzas.

-No, no, mi buena Tina, te juro que no creo tal cosa. Te digo que no soy yo el que lo ha creído, sino la señora del Closquet.

-Pues bien espero a esa señora, y yo le diré, cuando venga, cuántas son cinco. Pero no es preciso que usted vea, de todos modos lo que yo había preparado.

La buena mujer corrió a la cocina y trajo una compotera cuidadosamente tapada.

Cuando levantó la tapadera, Joel vio una veintena de magníficas tortas de sartén apenas enfriadas del fuego de la mañana.

Pero mientras el joven y el doctor estaban contemplando las apetitosas pastas, una blanca mano pasó entre la cabeza de Joel y la de Tina, que estaba absorta en su demostración, cogió al vuelo tres o cuatro pastas de un puñado y una voz riente y maliciosa, exclamó por encima de los espectadores sorprendidos:

- ¡Qué bueno debe estar esto! Gracias, Tina.

No se oyó más que un solo grito.

Todo el mundo se levantó, y apenas si Tina tuvo la suficiente presencia de ánimo para dejar la computera en la mesa y no dejarla caer al suelo.

Y, durante unos minutos, aquello fue un verdadero desafío entre la criada y su viejo amo para saber cuál de los dos daría más besos a la recién llegada.

La tal Maina era lindísima.

Cabello de un rubio ceniciento, tez de camelia, ojos de un azul grisáceo que recordaba cielo de verano en el canal de la Mancha, un busto de diosa, hermosos y redondos brazos, manos y pies de niña; he ahí las cualidades de aquella a quien el doctor Budinio llamaba ahijada, mientras ella le llamaba, «mi tío», y cuyo molesto nombre de Verónica ignoraba la vieja Tina unas horas antes.

- ¿De dónde sales? -preguntó el doctor en cuanto recobró la tranquilidad.

La joven, muy dispuesta a la alegría, contestó:

- Salgo de casa de la señora del Closquet y entro en la de mi excelente tío. Y si no estuvierais un poco alelados, como veo que lo estáis por mi llegada, hubierais ya observado que no vengo sola.

El doctor, Tina y Joel se volvieron al mismo tiempo.

El dintel de la puerta servía de marco a una buena y bella figura de anciana, cuyo atavío, un poco antiguo, no desdecía de sus facciones nobles y mareadas con el sello aristocrático de la raza.

Y era que la señora del Closquet era la última descendiente de uno de los héroes del combate de los Treinta.

Había recibido de sus abuelos una fortuna bastante moderada; pero su marido, que poseía tierras en Paramé y en Dinard, había ganado mucho dinero el día en que esas dos playas fueron creadas. La viuda gozaba en el presente de un capital de dos millones, cuya renta, al tres y medio por ciento, se empleaba casi entera en buenas obras.

La anciana, en efecto, tenía la costumbre de decir riendo:

- Tengo tres herederos: el más próximo es un disipador y le estoy haciendo una reserva para cuando sea viejo; el segundo es un oficial de marina que tendrá necesidad de mí para casarse a su gusto; el tercero, padre de familia y hombre laborioso, me cree pobre. Mi muerte será para él una sorpresa, pero me habrá ya retribuido con lágrimas muy sinceras.

En realidad, la señora Estefanía, como se le llamaba en la intimidad, confesaba sesenta años y llevaba gallardamente el peso de setenta y cinco. La partida de nacimiento no perdona, ni un día a la persona a quien se refiere.

En el caso de la anciana no había coquetería ninguna. Pero, muy cáustica bajo una apariencia de tranquila alegría, la del Closquet solía decir:

- De este modo retardo quince años la corte interesada que se me podría hacer y adelanto otros quince la venida al mundo de mí testamento.

Al verla, el doctor, que unos minutos antes estaba murmurando de ella con todo su corazón, se apresuró a tenderle las dos manos.

- Vamos, «joven» -dijo alegremente la señora del Closquet, -antes de que me sienta a su mesa, recite usted el Confiteor.

-¿De veras? -respondió el doctor. -¿Por qué, si a usted le parece?

-Porque hace un momento me han chillado los oídos y seguramente ha debido usted enviarme a todos los diablos, como pagano incorregible que es.

El doctor, en vez de contestar, se puso a darse golpes de pecho.

- Mea culpa, mea máxima culpa -dijo confesando así su pecado.
-Es algo verdad que he proporcionado a usted algunos méritos más para con el Cielo.

La señora del Closquet tenía la costumbre de prevalerse, de los diez años que tenía más que el doctor, para llamarle «joven».

Pero esta costumbre, enteramente amistosa, no databa más que de diez años.

Esa familiaridad recordaba, a la anciana el celo y la abnegación del doctor cuando asistió al señor del Closquet en su última enfermedad.

La anciana siguió diciendo con esa gracia que es la gran cualidad de los viejos amables:

-No pase usted adelante en sus excusas. Acaso podría yo reprocharme a mí misma el haberme llevado a Maina antes de que os viera a todos aquí. Pero, lo confieso aunque ella esté delante, me gusta esta querida cabecita de colegiala hasta el punto de disputársela a sus parientes, que son mis mejores amigos.

Inútil es decir que no quedó de aquel incidente más que el recuerdo de un sello más puesto sobre una antigua y firme amistad.

Bien lo vio la señora del Closquet en la simpatía que expresaban todas las caras.

Y para festejar con sus amigos la vuelta de Maina y también la de Joel, hizo honor a las pastas de Tina con unos dientes dignos de los veinte años.

Después de lo cual todo el mundo bajó al jardín.

Y allí se encontraron con una nueva sorpresa.

Como si el pequeño recinto no hubiese encerrado por sí mismo bastante verdor y bastantes flores, los indígenas del Rocabey que habían florecido el coche de Cailleux, acababan de erigir con sus manos un arco de triunfo de follaje, bajo el cual saludaron con aclamaciones entusiastas a la graciosa niña adoptada por el digno médico.

Y la anciana, siempre ocurrente, exclamó al ver aquello:

-¡Diablo! Esto sí que es original; hacerse aclamar por la multitud en el patio de su casa.

¡Oh! ¡Qué bueno y hermoso día pasaron juntos, con sus amigos de diversas categorías, los actores de este drama de familia!

Por la tarde, en vez de champaña, bebieron sidra, aquella sidra excelente que el posadero quiso hacer probar por la mañana al doctor Budinio.

Por fin vino la noche.

A las once en punto todos acompañaron pomposamente a la señora del Closquet hasta su hermosa casa de la calle de Saint-Vincent, y al dar las doce, cada cual se encontró solo en su cuarto.

.....

La afectuosa solicitud del viejo había reservado a su ahijada un lindo cuartito color de rosa, tapizado con gusto y amueblado con elegancia.

Por la mañana, al abrir sus dos ventanas, Verónica podía contemplar simultáneamente el mar y la playa por encima de los baluartes, el istmo del Sillón a la salida de la ciudad y todos los jardines de los alrededores.

Una cama con immaculados cortinajes de muselina, un armario de espejo de madera blanca barnizada, un tocador y un gracioso escritorio formando juego, guarnecían aquella morada virginal.

Y, en verdad, Maina no ambicionaba nada más.

El lujo más asiático no hubiese podido darle la calma y la tranquilidad que le aseguraba aquel rincón apacible y el cariño constante y fiel de los seres que lo habitaban.

Así, en cuanto la joven se encontró sola, abrió la ventana que daba al puerto y apoyada en el balcón de hierro y la cabeza inclinada sobre la mano, se abandonó a los ensueños que le traían frescos y acariciadores, los alientos del mar.

Hacía seis años que no veía aquel cuarto más que una vez al año, en aquella época y hasta más tarde, pues estaba en un colegio de París y no iba a Saint-Malo más que en el momento de las vacaciones.

Pero aquella vez volvía para siempre, pues había acabado sus estudios al obtener con doce meses de intervalo, el diploma simple y el superior ¡Para siempre! Hay que haber sido colegial o colegiala y que haber vivido cautivo lejos, de esa patria de la infancia que se llama la familia, para saber las alegrías profundas y condensadas que contienen y resumen esas dos palabras.

Además, ¿no son esas palabras la única y la más poderosa expresión de los sentimientos intensos y durables?

¿No se aman «para siempre» los que en la flor de la edad unen sus corazones en un mutuo afecto y sus manos en el cambio simbólico de los anillos nupciales?

¿No había todavía para Maina ni perspectiva ni esperanza, lejana de castos amores?

La juventud resplandecía en ella y alrededor de ella, y, sin embargo, al pronunciar las palabras «para siempre», la joven ceñía la frente calva, de su «tío» y el cabello blanco de Tina con las mismas flores de primavera con que ella adornaba en pensamiento su linda cabeza rodeada de un nimbo de rizos rubios.

III

¡Ajaja! Joel, amigo mío, coge una silla y hablemos.

- Estoy enteramente dispuesto a ello, tío respondió el flamante licenciado de la Facultad de París.

Budinio se había repanchingado en su viejo sillón de cuero alrededor del cual yacían libros de todas dimensiones y hasta enormes y polvorientos infolios en los que el viejo había leído a Hipócrates, Aristóteles, Celso, Galeno y Asclepiades, en sus diversos textos de lenguas muertas, pues era un humanista de primer orden en su modestia de sabio desconocido.

El anciano se había levantado las gafas como en todos los casos graves, y fijando en su sobrino la tranquila mirada de sus ojos grises y penetrantes, siguió diciendo:

- Ya eres médico y ¡diablo!, médico como yo, enteramente igual que yo. Debes ser hasta más fuerte que yo, pues vivimos en un tiempo en que los jóvenes saben mucho más que los viejos y los hijos que sus padres.

- ¡Oh! tío... -dijo en tono de protesta Joel, que conocía la habitual ironía de aquel excelente señor.

- No, no, no lo niegues. Yo no me quejo ni me burlo. Reconozco la verdad, y la verdad es que vosotros tenéis ahora tiempo de hacer estudios mucho más extensos que los que se hacían en nuestra época. Me complazco en reconocer que tenéis instrumentos mucho más perfeccionados y que se han hecho notables progresos.

Mira; por ejemplo, gracias a la especialización de las aptitudes, las enfermedades de los ojos, de la laringe y de los oídos, son admirablemente tratadas por personas que hacen eso mejor que nadie. A decir verdad, no saben hacer más que eso, y si fuéramos a precisar... Ahí tienes los dentistas... Y bien, esos arrancan una muela en un abrir y cerrar de ojos y sin dolor inyectando en la encía una droga nueva. Vosotros llamáis a eso la co... la cocaína, según creo.

Al oír esto, Joel se sintió un poco desorientado ¿Se estaba burlando de él su tío o hablaba seriamente?

Pero éste no tardó en disipar las dudas del sobrino.

- Quiero ir a parar, amigo mío, a que todos esos progresos que han hecho dar muchos pasos a la cirugía, son medios de adelanto muy medianos para la medicina propiamente dicha.

Todavía no hay más que una cosa para el médico.

No es saber todas las teorías más o menos nuevas de los fanfarrones de la ciencia, teorías que no datan de ayer, después de todo, como podrás ver por ti mismo -dijo golpeando con la palma de la mano en los folios más cercanos- sino poseer el diagnóstico, tanto por la precisión del golpe de vista, como por la práctica asidua de las enfermedades. Para esto es preciso ante todo que el médico sea amigo de sus enfermos.

Y abriendo bruscamente uno de los grandes volúmenes por un sitio en que se veía que la costumbre del uso diario había debido romper las páginas, hizo ver unas líneas al joven.

- Mira, ahí tienes lo que dice Celso sobre el particular.

Y leyó él mismo en alta voz:

Asclepiades dixit hoc esse medici officium, ut ad lectum agrotantis assidens...

-¿Está claro, verdad? Es el consejo de Asclepiades, reproducido por Celso en persona - «Que el médico se sienta a la cabecera, de su enfermo para vigilar los progresos de la infección morbos». ¿Qué quiere decir esto sino que el primer deber del médico es vigilar estrechamente el estado del cliente?

Joel no pudo contener una sonrisa un poco escéptica.

-Pero, tío -objetó, -con ese régimen ¿qué sería del médico mismo?

El viejo movió la cabeza, mientras se dibujaba en sus labios una fina sonrisa y respondió:

- Sí, ya te veo venir. Quieres decirme, ¿verdad?, que con ese sistema el médico no se mete mucho dinero en el bolsillo. Pero hijo mío, hay que poner bien los puntos sobre las íes.

No ignoro que numerosos médicos ilustres tienen nuestra carrera como un oficio, y no me atrevo a decir una industria lucrativa. Consideran, acaso con razón, que la ciencia no hace vivir y que por haberse consagrado a mejorar la suerte de sus semejantes, el médico no está condenado a prisión perpetua.

Otros y no los más numerosos, por desgracia, estiman por el contrario, que el ejercicio de nuestra noble profesión es ante todo la escuela de la abnegación y del sacrificio, y que allí donde lo llama el deber, aceptado por él después de madura deliberación al escoger esa carrera, el médico no tiene que mirar si encontrará la legítima remuneración de sus esfuerzos.

Al decir esto, el doctor Budinio se levantó del sillón y siguió hablando, con la mano apoyada en el hombro de Joel:

- Hijo mío, hace cuarenta años que me estoy esforzando por llenar en cuanto es posible los deberes de lo que yo llamo una misión. Y por eso te digo en este momento: Joel, sobrino mío, o más bien, mi hijo, estás en la edad de las resoluciones graves y decisivas. Los tiempos son duros para los que no quieren transigir con su conciencia. Si me sucedes con mi clientela, sufrirás más trabajos y privaciones que recogerás beneficios y elogios. Tendrás que hacerte el servidor de los pobres y de los desheredados, renunciar a las dulzuras de la existencia, encerrarte en la práctica ordinaria de una austeridad, que la mayor parte de las veces no será voluntaria, y no esperar más que de Dios y del altivo testimonio de tu propio corazón la recompensa de unos méritos inútilmente contraídos según el juicio del mundo.

Pero nada te obliga a ese sacrificio ni a esa abnegación de ti mismo.

Acabas de hacer excelentes estudios.

Tus profesores tienen todavía la vista sobre ti y esa vista está llena de tu imagen. La capital con sus glorias y sus éxitos, y también con

sus múltiples satisfacciones de la inteligencia, puede ofrecerte otras perspectivas.

Allí puedes llegar a ser un hombre célebre, un oráculo de la ciencia, sin desmerecer de tu propia estima y sin reducirte a un trabajo ínfimo, ignorado y obscuro.

Aquí no serás nunca mas que un humilde médico de pueblo, al que las bendiciones de una clientela de pescadores, de marineros y de trabajadores, aun aumentadas con el contingente de todos los ricos de la población, no te darán el más pequeño lustre.

A ti te toca escoger. ¿Quieres la enorme ciudad con sus ocios que descansan y su trabajo que retribuye, o prefieres el pan seco de cada día, duramente ganado, pero que resulta más apreciable por el espectáculo de las lágrimas enjugadas y de los dolores convertidos en alegrías en los hogares de los pobres y de los enfermos?

Joel, que escuchaba, con la frente inclinada, se sentía profundamente conmovido. Y era que, en efecto, no había nunca conocido, ni siquiera sospechado en su tío, aquel anciano benéfico y modesto, aquella altura de ideas ni tal sublimidad de sentimientos.

Hugo Budinio se aparecía a su sobrino en una especie de transfiguración.

Por la primera vez de su vida, el médico «obsuro e ignorado» como él se calificaba a sí mismo sin amargura, revestía a los ojos del joven los atributos de una grandeza tanto más imponente, cuanto que su elocuencia espontánea daba a su carácter un relieve más inesperado.

No era ya aquél el pariente querido y respetado, pero demasiado condescendiente, con el que Joel se había acostumbrado a llamar errores a las manías que una ciencia más completa no hubiera dejado subsistir.

Era sobre todo su precursor en aquella ciencia, en la que el joven médico, provisto hacía dos días de sus cartas patentes, iba a dar los primeros pasos titubeando de ensayo en ensayo, como todo principiante en una carrera cualquiera.

Y bajo este aspecto, el anciano resultaba rodeado de un prestigio que hacía inclinar la cabeza un poco altiva del adolescente orgulloso de su saber y de sus cinco años de estudios en la primera Facultad del mundo.

En los grandes hospitales de París, Joel había sido el interno preferido de los maestros.

Aquí, no tenía por qué avergonzarse al ser el ayudante, el suplente, el discípulo si era preciso, de aquel viejo «médico de pueblo» según la expresión del doctor Budinio.

Y el joven no encontraba la respuesta de adhesión que deseaba para ponerse a la altura del anciano, de tal modo hubiera querido hablar él también aquella lengua de la abnegación y del heroísmo.

Una graciosa intervención interrumpió el coloquio del tío y del sobrino y vino a sacar a éste del apuro.

La puerta, que no estaba más que entornada, se abrió por un empuje exterior.

Y entró Maina sencillamente vestida con una larga bata de hilo azul ceñida al talle como un peinador, de cuyas mangas cortas salían los dos brazos redondos y blancos y cuyo modesto escote, dejaba ver la exquisita esbeltez del cuello.

Los dos hombres lanzaron el mismo grito de no disimulada admiración.

Pero aquella niña, tenía el alma tan blanca, y estaba tan poco acostumbrada, a los cumplimientos reveladores, que no hizo caso alguno del tono halagüeño de aquel doble grito.

Maina ofreció su bella y pura frente al beso paternal del anciano y su mano de uñas sonrosadas a Joel.

- Buenos días, tío... Buenos días, primo... ¿Cómo estáis hoy por la mañana?

- Es a ti a quien hay que preguntar eso, hija mía -respondió el doctor, que separó los labios, para hablar, de la frente de su ahijada.

- ¿Por qué a mí, tío?

- ¡Diablo! Porque yo estoy en mi mañana catorce mil setenta de vida médica y sin cambio apreciable, mientras que para ti, el alba de hoy ha debido diferir sensiblemente de la de ayer, si mis apreciaciones son justas.

Verónica se echó a reír con una hermosa carcajada, de inflexiones argentinas.

- ¡Oh! No hablemos del alba tío, si te parece. No me he acostado hasta las dos de la mañana, y son las ocho y media; así es que no he visto la salida del sol. Ayer, en efecto fue muy diferente, pues el sol me abrió los ojos por fuerza, al pasar por cerca de Pontorsón.

-¡A las dos de la mañana! exclamó Budinio. -¿Es decir que no podías dormir?

-¡Oh! no, tío; he dormido, por el contrario, como una bienaventurada.

La joven estaba adorable con su candor desprovisto de embarazo y de falsa vergüenza.

-¡Dios mío! ¡Qué bien se duerme en mi cuarto! Había, sin embargo, dejado abiertas las persianas, a fin de que la luz del día viniese a arrancarme de la cama como de costumbre. Pero sí, que si quieres,... ¡Ah! sí se duerme muy bien tío. Aquellas sábanas recién puestas me envolvían con un tejido de bruma; sentía languidecerse mi cuerpo, y las mantas de algodón que me ha dejado Tina me han parecido tan suaves como la brisa del mar en el momento del baño. Y has de saber que yo, que en París me cubría hasta la cabeza y me acurrucaba como un niño pequeño, he dormido aquí estirada como si hiciera la plancha en el agua salada. Y, además, allí era una camita de hierro en la que había que acostumbrarse a estar inmóvil, porque si una se movía, se daba con las narices en la pared; mientras que aquí puedo moverme a mi gusto, aprovechar todos los sitios de frescura perdidos entre los pliegues, sumergir los brazos debajo de la almohada y volverla cien veces para sentir su fresco contacto en la cara...

Joel la interrumpió con una ruidosa carcajada.

- Pero oye prima; si has tenido tiempo para hacer todo eso con conocimiento de causa, y con reflexión, no veo el que te ha quedado para dormir.

Maina respondió con la misma risa exuberante y comunicativa:

- Pues qué primo, ¿se saben, se estudian, ni se calculan esas cosas? Puedes comprender que no he dormido con ese sueño bestial y pesado que hace perder la sensación de todas las cosas y que no permite siquiera soñar. ¡Ah! no. Me doy cuenta muy bien de que mis nervios se han permitido el abandono estrictamente necesario para gozar de un poco de languidez sin renunciar a la voluptuosidad de ese bienestar delicioso. Oye, te voy a decir una cosa: hace un momento, al despertarme en las brumas un poco espesas de la primera vuelta a la luz, ¿sabes qué extraño concepto me formé de mi existencia?

- Querida Maina -respondió Joel- yo no sé si el tío lo sabe, pero yo, hace tiempo que he renunciado a interpretar tus fantasías imaginativas, y con mucha mayor razón cuando se trata de un sueño matinal.

- Sí -dijo la joven haciendo un gesto desdenoso- tú eres el ser más prosaico que he encontrado en mi vida. Apuesto a que si estuvieras solo, estrenarías tu título recetándome alguna droga para curarme de mis «fantasías imaginativas» como tú dices.

-¡Anda! ¡Tómate esa, muchacho! -dijo el anciano en tono de broma. -Aquí tienes una que no será tu cliente... Pero todo eso no nos dice qué concepto te formaste al despertarte.

El anciano volvió a sentarse en su sillón y Maina fue a colocarse, sin miramientos sobre sus rodillas.

-¡Enhorabuena! Tú, al menos, te interesas por algo, tío. Que Joel se tape las orejas si quiere. Voy a contar mi sueño sólo para ti.

- Primita -dijo galantemente el joven -las abro de par en par, por el contrario, pues si no aprecio tus sueños como conviene, concedo al menos a mi oído el placer de percibir la encantadora armonía de tu órgano.

Maina pegó con el pie en el suelo.

- Anda, necio... ¿Hase visto empezar una frase como esa para acabarla de una manera tan ridícula? ¡Mi órgano!... ¡Vaya, un modo de hablar!... ¡Mi órgano! Cualquiera diría que yo hablo con la nariz... Sepa usted caballero, que yo no tengo órgano sino una voz.

-Diré entonces la encantadora armonía de...

Entonces llegó la vez a Budinio de dar un golpe con el tacón en el suelo.

-¿No vais a acabar con vuestra literatura a lo Víctor Ducange? Estoy esperando la historia con mil de a caballo... No me he retrasado media hora para escuchar una crítica de madrigales... Ahora, Maina, venga tu sueño, si quieres.

- Helo aquí, tío. Estaba tan bien en mi cama, que me pareció que me transformaba en uno de esos ángeles que hay en las iglesias, con las alas en el cogote; me pareció que no tenía ni brazos, ni piernas, ni nada, y que estaba envuelta en unas nubes tan suntuosas y tan suaves como las natillas... .

-Golosina y misticismo en una pieza -dijo Joel en tono burlón.

-Oye, el goloso lo serás tú... ¿Crees que me he comido las almohadas?

Y, volviéndose con zalamería hacia el viejo doctor, añadió:

- Vamos a ver, tío, ¿qué dices de mi sueño? ¿Te parece, como a tu señor sobrino, que indica un desarreglo de mis facultades intelectuales? ¿Qué auguras de él?

Budinio le dió un beso en cada carrillo.

- Hija mía, desde los tiempos de José, hijo de Jacob, que fue ministro de Faraón, la interpretación de los sueños no entra por gran cosa en los estudios que hacen los médicos para pronosticar sobre el estado de salud de la gente. Si hubiera de consultar un autor sobre tu caso me dirigiría a Horacio, un poeta, que ha hecho unos versos en los que indica un estado morboso bastante análogo al tuyo:

... Velut a somnia vanae

Fingentur specios, ut nec pes, nec caput uni

Reddatur formae...

Pero me estoy saliendo de mis atribuciones para decirte que auguro muy bien de tu sueño, que indica que tu suerte en este mundo, será la de una persona... ¿cómo diré yo?... muy volátil, y que tu destino será la realización de un paraíso enteramente azucarado. Y ahora tengo que marcharme. ¿Estás contenta de mí?

- No -dijo Verónica acercándole la cara, porque sigues el ejemplo de Joel y te burlas de mí.

El doctor, que llegaba ya a la puerta, se volvió.

- ¿Me burlo de ti porque te cito versos de Horacio? Pero, hija mía, ¿no me has dicho tú misma que en tu sueño no tenías brazos ni piernas? El poeta no hace más que señalar el mismo extraño caso, y yo lo recuerdo.

Y Budinio se echó a correr dejando en conferencia a Joel y Maina.

- Y bien -dijo el joven médico -¿quieres que yo te conceda una consulta seria?

La muchacha le miró de medio lado con una impertinencia amistosa que le era habitual.

- ¿Tú, Joel? Pero, en realidad, es cierto que eres médico hace tres días.

- Gracias a Dios que lo recuerdas, prima.

-¡Bah! No te enfades. ¡Me parece tan gracioso pensar, viendo tu barba rubia, que todo el mundo va a llamarte solemnemente «señor doctor!»

-¡Buena es esa! ¿Y por qué te parece tan gracioso?

La risueña criatura se plantó muy tiesa en medio de la habitación.

- Porque, mi querido Joel, para mí no hay más que un solo médico, ¿sabes? y ese es mi tío. Porque no concibo un médico de otro modo que con la cara afeitada, gafas de concha, sombrero bajo de anchas

alas, corbata blanca que le dé tres vueltas al cuello para caer en dos puntas sobre la pechera y un bastón de caña con puño de oro.

Maina había hecho todo este discurso sin reírse.

Pero, de repente, vió colgado en una percha uno de los sombreros de su tío.

Por un olvido que, ciertamente, le iba a ocasionar contrariedades, el buen doctor había dejado las gafas encima de la mesa.

Maina se apoderó de un salto de gafas y sombrero.

Y el plantar el tal sombrero en la cabeza de su primo, sujetarle las gafas en los ojos y anudarle al cuello un pañuelo artísticamente convertido en corbata, fue para ella asunto de unos segundos.

Después de lo cual, dando sonoras carcajadas y alegres voces, empujó al joven afuera del cuarto y empezó a llamar a grandes gritos:

-¡Tina! ¡Tina! ¡Ven corriendo a ver esto!...

Tina acudió y participó enseguida de la hilaridad de la joven, aumentada todavía por la dócil resignación de Joel, que se prestaba a aquel capricho de loquilla.

- ¡Ah! -exclamaba Verónica dando palmadas. -¡Qué gracioso está! Tina, te presento a Joel primero o Budinio segundo, médico de la Facultad de París, segundo príncipe de la ciencia de la ilustre dinastía de los Budinio.

Cuando a Joel le pareció que se había ya prestado bastante a aquel capricho, hizo saltar de un revés el sombrero, se quitó el pañuelo y las gafas, y enlazando con su robusto brazo el talle de su prima, la levantó como si se hubiera tratado de una niña.

-Anda, chiflada, vamos a almorzar. Para no tener cuerpo, me resultas, lindamente pesada. Y yo me estoy muriendo de hambre.

Los dos primos habían vivido siempre como hermanos.

Joel tenía veinticinco años y Maina iba a cumplir diecinueve.

Hacía diecisiete años que su vida había sido la misma; diecisiete años que todo era en ellos común, deseos y pensamientos, y que crecían, si no juntos, al menos en la misma gradación de su desarrollo progresivo.

Joel y Maina eran los dos huérfanos de padre y madre, y uno y otro habían encontrado abrigo y protección cerca del viejo tío que los había recogido.

Pero así como el joven era efectivamente hijo de un primo hermano del médico, Maina no había jamás sabido si su parentesco provenía, de algún hermano o hermana de cualquier primo o prima más o menos lejanos.

Nunca, por lo demás, se había tomado el trabajo de pensarlo, pues era la más adorable aturdida que se puede imaginar, lo que no le impedía, sin embargo, abandonarse a veces a largas meditaciones melancólicas en las cuales su vivo y flexible pensamiento se esforzaba por encontrar ciertos recuerdos.

Maina encerraba en sí misma la poesía como un arpa cuyas cuerdas todavía no han vibrado.

Hacía falta el paso de una brisa primaveral o de un soplo de otoño, para hacer brotar de aquel corazón la viva y profunda ternura que contenía.

Habían pasado ya dos días después de su vuelta definitiva a casa de Budinio.

Una tarde, acababan de dar las cinco cuando Maina, al bajar al jardín, vio a Tina ocupada en una tarea que la joven no comprendió al principio.

La criada estaba trasplantando una planta de verónica de un tiesto hecho pedazos a otro enteramente nuevo.

Maina corrió a ella, llena de curiosidad, y la interrogó ávidamente.

Tina, que no perdía ocasión de hacer elogios de su amo, aprovechó la que se le ofrecía de contar la conmovedora historia del desdichado tiesto.

-Y aseguro a usted, señorita -dijo riendo, que era verdaderamente cómico ver a su tío de usted con su botella de agua, en una mano y el tiesto en la otra. Pero estuvo más gracioso todavía cuando lo tiró por la ventana...

Maina se rió del incidente, pero sintió que su corazón se conmovía, y hubo un momento en que casi sintió rencor hacia la criada por las observaciones que hizo entonces al anciano.

-Mi nombre -exclamó- creo que voy a cambiar de parecer y que me va a gustar tal como es...

La joven cogió el tiesto de manos de Tina, y corrió a esconderlo en el rincón del jardín más espeso y frondoso, donde se había formado un verdadero retiro.

Y desde entonces fue todos los días a contemplar su verónica y a regarla ella misma.

Tenía empeño en hacer que reviviera la planta y en hacer objeto de su agradecimiento a los insignificantes tirso violeta que eran su humilde adorno.

Sin darse cuenta de ello, Maina acababa de experimentar la primera emoción de su corazón de mujer.

Ciertamente, la joven había querido siempre a su tío con todas sus fuerzas, con esa ternura espontánea de los niños que aman como respiran, sin razón y sin cálculo.

Pero en aquel momento le parecía que encontraba por primera vez en ello un sentimiento de suavidad penetrante que le vertía en el alma, aún más que los impulsos espontáneos de la Naturaleza, no sé qué adhesión insensible, poderosa, y llena de respeto al mismo tiempo que de intensidad.

Y escondida en su retiro de follaje, Maina, se puso a soñar, esta vez con los ojos abiertos.

Una vez que la puerta de un corazón se ha entreabierto, no es ya posible cerrársela al amor que pide entrar. La joven experimentaba como una dilatación de su alma.

Y además, descubría en el fondo de su mente, de un modo muy vago y como una reminiscencia de pesadilla, ciertas impresiones raras, de las que su memoria, que iba sin embargo muy lejos, pues la llevaba hasta los cuatro años, no le proporcionaba explicaciones precisas ni hechos generadores.

Le parecía ver otras cosas imprecisas y como borradas por la niebla; una casa sombría, en cuya obscuridad se movían confusamente unos seres. Por sus ojos pasaban fantásticas figuras, como sombras lejanas destacándose en un fondo de bruma.

Veinte veces había tenido la tentación de interrogar sobre ese punto al viejo doctor.

Pero no se había atrevido.

Después, los recuerdos empezaban a precisarse.

Se veía muy pequeñita en la risueña morada del muelle de Saint-Michel, corriendo por el jardín o por la playa, al pie de los baluartes, dando la mano a su tío, recogiendo conchas y divirtiéndose en ahondar en la arena unos embudos que las olas iban invariablemente a nivelar.

Se volvía a ver en los brazos y siendo objeto de las caricias, a veces un poco rudas, de Tina, y lavada, enseñada é instruida en la oración y en las prácticas de la Iglesia por la vieja y ferviente bretona.

Los demás acontecimientos de su vida se desarrollaban después como los cuadros de un diorama mecánico.

Creía estar oyendo todavía las palabras del doctor que, seis años antes, fueron la causa de su primer disgusto serio:

- Decididamente, esta niña no hace nada aquí ni aprende nada. La madre Regina, de las monjas urantinas, me ha ofrecido hacerla entrar como pensionista en uno de sus conventos de París, y...

- ¡Ahí! señor - había exclamado Tina, - ¿piensa usted en tal cosa? La pobre ángel apenas acaba de hacer este año la primera comunión...

- ¿Qué sabes tú de eso, Tina? Es indispensable que esta criatura haga algunos estudios y no soy yo quien puede enseñarle lo que debe saber. ¿Y tú, te encargas de eso?

Tina se irguió entonces, muy orgullosa, con las manos en las caderas.

-Pues mire usted, no es por decir, pero ¿quién ha enseñado a leer a esta, niña? ¿Y las monjas de aquí no podían enseñarla tan bien como las otras?

El doctor era obstinado como una roca.

Según él, no había más que una ciudad en el mundo para instruirse: París.

Pero, lejos de discutir con la vieja ama de llaves, había cerrado el debate con una frase breve y que dejaba siempre a Tina sin réplica posible:

-Por otra parte, amiga mía, la señora del Closquet lo quiere.

Aquella era, en efecto, una razón absolutamente indiscutible.

Así fue como Maina dejó Saint-Malo en una tarde de octubre, en compañía de una joven religiosa de fisonomía seráfica, que la consoló durante todo el camino y que, ya en París, se convirtió en su confidente y en su amiga de los buenos y de los malos días.

Maina, sin embargo, no olvidó nunca los parajes preferidos de Saint-Malo: la playa de las conchas, los baluartes, los paseos por el Sillón y las excursiones a Dinard, a Paramé y a Saint-Servan.

Y cada vez que llegaba por fin el bendito mes de agosto, la joven sentía los mismos latidos de alegría y de impaciencia y la misma embriaguez al poner el pie en el andén de la estación.

De repente cambiaba de curso.

Una reflexión casi pueril en su cándida profundidad le oprimía el corazón.

Hay una idea que repugna naturalmente, y por esencia a la juventud; la de la muerte.

Y al ver el cabello blanco en la frente de los viejos a quienes ella, quería, la joven pensaba en esa ley del fin, ineludible y fatal.

Un gran escalofrío recorría su cuerpo cuando veía aparecer la imagen de aquel duelo del porvenir.

No previendo la muerte para ella misma, la apartaba también en cierto modo, de aquellas cabezas sagradas.

Porque, ¿qué sería de ella si la hería tal desgracia? La existencia, vacía ya entonces para ella, le hacía el efecto de un agujero negro y siniestro, cuyo fondo, cubierto de sombrías nubes, le aparecía envuelto en una de esas claridades dudosas que se extienden por el mar en los días de tempestad.

Entonces, impulsada por el contraste de más risueñas ideas, volvía los ojos hacia el paisaje lleno de sol que la rodeaba.

Desde el fondo de su escondite de follaje, veía las manchas de oro que se dibujaban en la arena de los paseos, en los cuadros de verdor y de flores y en las persianas verdes y la fachada blanca de la casa.

Y a veces también se sorprendía buscando una cara joven, rodeada de fina barba, en el marco de la hiedra y de las enredaderas que trepaban al asalto los muros, y era dichosa cuando a su sueño respondía, una realidad y oía la voz de Joel que le gritaba, desde una ventana de pequeños vidrios:

-¡Prima!... ¡Maina!... ¿Estás en el jardín?

Con frecuencia y por instinto, nada más que por hacerse buscar, como buena hija de Eva que era, guardaba silencio, segura de que el joven no se contentaría con aquel primer llamamiento.

Y su esperanza no era chasqueada. Joel dejaba la ventana, bajaba a su vez al jardín e iba a arrancarla de su nido con alegres exclamaciones y joviales reproches sobre su voluntaria sordera.

No era feo, verdaderamente, aquel Joel, su único amigo y confidente de la infancia.

Los seis años que mediaban entre sus edades respectivas resultaban hoy borrados por la conformidad de sus gustos y de sus sentimientos, a pesar de las aparentes contradicciones de sus caracteres.

Porque Joel era tan calmoso como ella, viva tan pacífico como ella belicosa y tan razonable como ella alocada.

Aquella naturaleza templada, aquel vigoroso equilibrio de las facultades físicas y morales del joven exasperaban los nervios susceptibles de la exuberante niña, que no podía menos, sin embargo, de admirar aquella tranquila bondad y aquella flema, a toda prueba que

caracterizaban el temperamento de su querido primo. Maina no se ocultaba a nadie; quería mucho a su primo Joel.

¿A nadie? No; había alguien que no sabía nada de positivo, aunque lo sospechase un poco, y ese alguien era el mismo Joel.

El joven estudiante era también un cándido a su modo, porque adoraba a su prima Maina y él no había hecho a alma viviente la confianza de sus sentimientos.

Y era que en Joel esos sentimientos, o más bien, ese sentimiento era tan complejo como complicado.

El buen muchacho entraba en la vida con una saludable ignorancia de la perversidad humana.

No conocía, en verdad, más que muy pocas cosas de las debilidades de la especie.

De tal modo que, aun siendo muy fuerte, en materia de estudios médicos y completamente apto para cuidar y hasta para curar el cuerpo, ignoraba casi por entero esos rincones y esos pudores del alma, que la vista perspicaz de un psicólogo emplea años para conocer y juzgar.

En él, el amor seguía su camino en derechura, sin ambages ni reticencias.

Amaba a su prima Maina y quería hacerla su mujer.

Había seguido sus estudios con el pensamiento fijo y la convicción arraigada de que sucedería a su tío y heredaría de él una clientela que algo valía, así como, sin duda un pequeño peculio que no debía ser de desdeñar, visto el largo ejercicio de la medicina del viejo doctor, y teniendo en cuenta sus relaciones en el departamento.

Y para reunir mejor todas las probabilidades de prosperidad, recogería la segunda mitad de la herencia casándose con aquella a quien esa mitad correspondía en pleno derecho.

De este modo la cosa era extremadamente sencilla. Su carrera resultaba trazada:

Una mujer joven, bonita, inteligente, dulce, entendida, y nada ambiciosa.

Un hogar ya caldeado por la tibia atmósfera del cariño recíproco.

Y la égida del anciano tío que lo tomaría de la mano y lo guiaría en persona en sus primeros pasos por el mundo del deber y del trabajo.

Seguramente, el pequeño discurso del doctor Hugo había alterado un poco la confianza del doctor Joel.

Pero el joven conocía tan bien a su tío, que después de maduras reflexiones, había pensado que la intención del viejo era sencillamente, poner a prueba su constancia al presentarle aquel cuadro tan cargado de tintas negras y poco halagüeñas.

En aquel momento, Joel se había sentido muy conmovido, y cediendo al impulso de su corazón había estado dispuesto a responder que aceptaba esas perspectivas melancólicas.

Después, la razón había hecho oír su lenguaje muy diferente, y Joel había pensado que su tío estaba en lo cierto al señalarle los pocos recursos que ofrece la vida de provincia.

Puesto que el anciano mismo lo animaba, volvería a París y trataría de hacerse allí una posición independiente y personal.

Poco después, por un nuevo giro de la reflexión, volvía a ver las cosas bajo el aspecto que tenían anteriormente.

Era seguro; su tío había exagerado y se había reído de él. Tenía algo mejor que eso que ofrecerle.

Y después de todo, ¿no había que sufrir siempre un poco en este mundo?

No se obtiene nada más que a fuerza de luchas y de trabajos. Joel recordaba la frase del poeta latino:

«Nihil sine magna labore natura dedit mortalibus».

Sin estar tan enterado como el viejo doctor en los clásicos, Joel había hecho serios y buenos estudios.

Los prosistas y los moralistas lo animaban a probar sus fuerzas.

Y los poetas le pintaban el deber y la vida bajo risueños aspectos.

Además, ¿no estaba allí Maina, su adorada Maina, a la que, quería conquistar como se gana el Paraíso, a costa de un trabajo obstinado

y de la renuncia voluntaria de las superfluidades de la existencia y de los espejismos de la ambición?

... ..

Quince días después de su vuelta a Saint-Malo ni uno ni otro estaban aún decididos sobre la determinación que debían tomar.

En cambio, Joel, ya muy dispuesto a dar acceso al amor, había abierto de par en par las puertas de su corazón a la penetrante influencia de los encantos de su prima.

Había llegado a amarla ardientemente y aquella afición sincera y verdadera no contribuía poco a darle apariencias de austeridad y de formalidad que entusiasaban a su tío.

Preparados de este modo al choque y a la chispa final que iba a encender la misma llama en sus dos corazones, los jóvenes seguían los senderos de sus almas, paralelos en apariencia, pero ciertamente terminados en un ángulo que ni el uno ni el otro preveían, aunque las dos líneas se aproximaban insensiblemente al punto común.

Una tarde, en que estaba cogiendo a brazadas las rosas y los claveles en el jardín, Verónica contó a su primo la atención del viejo doctor para con ella, y le relató la historia del tiesto según la versión de Tina, conmovedora y llena de delicadeza.

Joel la escuchó con una atención profunda y con una emoción no disimulada.

Cuando la joven terminó, Joel le preguntó con voz un poco temblorosa:

- ¿Y qué piensas hacer en cambio, prima?

Maina lo cogió de la mano y lo llevó al interior del bosquecillo.

- Mira -le dijo- Tina me ha entregado la planta y ahora, soy yo quien la cuida. Como el santo del tío se celebra el 15 de agosto, que es la Asunción, le llevaré ese día mí regalo y el doctor Hugo Budinio, al entrar en su cuarto, encontrará en él su verónica, toda florida.

La joven estaba radiante y su cara adorable resplandecía al contento de su alma.

Joel no pudo contenerse.

Y cogiendo espontáneamente aquellas manitas blancas, las estrechó con fervor y dijo:

- ¡Oh! dices bien, porque está ya toda florida su Verónica, a la que tanto amamos todos.

Maina lanzó un pequeño grito y quiso separar los dedos del apretón.

- ¿Pero qué estás haciendo, primo?

- ¿Qué estoy haciendo, Maina? - respondió el joven transportado por su repentina emoción; -voy a decirte lo que estoy haciendo. No puedo ya guardar el secreto que tengo aquí, en el corazón, hace ya meses, y es preciso que te lo haga conocer.

- ¿Un secreto? -preguntó Maina que se puso muy encarnada adivinando lo que iba a oír.

La voz de Joel era vibrante y como mojada por las lágrimas.

- Sí, un secreto, Maina; uno de esos secretos que llenan el corazón hasta hacerle estallar... - ¿Te acuerdas del tiempo en que, siendo niños, sentía yo no ser tu hermano, puesto que te quería como tal?... Pues bien, lo que hoy me atrevo apenas a pedirte es que me ames más que a un hermano...

Joel no había dejado escapar más que una de las manos de la encantadora joven.

Maina se volvió a medias y con la mano libre se cubrió la cara purpurina.

El cuerpo del vestido se levantaba bajo la tumultuosa agitación de su seno.

Y así permaneció unos segundos sin encontrar palabra que decir.

Estaba paralizada por la turbación.

Por fin pudo hablar, sin embargo, pero no sin un púdico temblor.

- Es grave, Joel, lo que me estás diciendo, y la respuesta, no depende de mí...

-¡No depende de ti!... ¿De quién entonces?

- De nuestro tío, me parece -balbuceó Maina.

Joel había previsto aquella objeción, y murmuró en un tono lleno de caricias:

- ¿Nuestro tío? Tienes razón, Maina. Pero él sólo tiene que dar un consentimiento, nada más. Lo que yo espero de ti, lo que te pido, es la respuesta de tu propio corazón; un sí o un no, solamente.

La joven se quedó callada, con la frente pensativa y palpitante de emoción.

Joel insistió dulcemente, oprimiendo la manita, que conservaba entre las suyas.

- Vamos a ver, Maina; lo que te pido no te cuesta mucho. Los dos somos huérfanos. Nuestras infancias se han deslizado juntas. ¿No quieres que nuestros esfuerzos continúen unidos para hacer la dicha de ese hombre de bien que ha velado por nosotros, pobres abandonados? ¿No quieres el concurso de este pobre Joel, cuya abnegación y cuyo cariño conoces, para devolver a nuestro viejo tío todo lo que ha hecho por nosotros?

La joven se puso sonriente y se volvió hacia Joel.

Y el enamorado vió chispear en sus largas pestañas dos bellas lágrimas más transparentes que las perlas.

Al mismo tiempo aquella manita un poco febril respondió dulcemente, a la presión de la del joven.

- ¡Oh! sí, Joel, sí, quiero... Bien sabes que nada puede ser más grato a mi corazón que la felicidad de nuestro tío. Bien sabes que puedes contar conmigo cuando se trata de él.

- Entonces -dijo Joel radiante, - ¿es sí lo que respondes?

Y la joven, libre ya de su rápida melancolía y recobrando la hermosa alegría de la juventud, dijo con una explosión de risa argentina:

- ¡Seguramente que no es no!...

Joel, embriagado, se inclinó sobre la blanca manita y apoyó largamente en ella los labios.

Pero, de repente, Verónica se estremeció.

Acababa de echar de ver que el sol había desaparecido por detrás de la vieja casa y más allá del camino de ronda de los baluartes.

- ¡Dios mío! –exclamó -deben de ser no menos las seis, ¿verdad, Joel?

- Si dijeras las siete, menos cuarto, dirías la verdad.

-¡Y el tío que no ha vuelto! - dijo Verónica angustiada. - Algo grave debe de suceder.

Maina tenía razón.

Algo grave sucedía, muy grave.

Por la mañana de aquel mismo día Tina, había detenido al doctor en el momento en que éste iba a salir.

- Señor le dijo - es para pedirle a usted dinero...

La cuestión no podía sorprender al anciano, que la conocía muy bien.

Pero el dinero no fluía a aquella apacible morada.

Sin embargo de lo cual los amigos íntimos del médico seguían reprochándole sus «prodigalidades». ¡Y qué prodigalidades!

Aquel médico era realmente un fenómeno raro.

Con él era la pura verdad que los ricos pagaban por los pobres, pues todo lo que aquéllos pagaban para saldar sus cuentas de visitas, Hugo Budinio lo gastaba en socorrer a sus clientes necesitados.

Así era que, en lugar del beneficio que suponía Joel, el viejo doctor no había jamás conocido mas que la moderación más estricta.

Eran precisas la baratura de la vida en Saint-Malo y la longanimidad de los proveedores, acostumbrados a cobrar a largos plazos, para que Tina pudiera estirar la cuerda y hacer durar el crédito necesario para la existencia de su señor y la propia.

Ahora bien, aquella mañana Budinio no había podido responder a la petición acostumbrada y normal de su ama de llaves.

Pero, según una fórmula que la buena mujer conocía muy bien, el doctor había respondido moviendo la cabeza:

- Bueno; voy a ver si cobro algunos sueldos.

El viejo Budinio era un menguado acreedor, y le costaba un triunfo hacerse pagar.

Aquel día, sin embargo, se puso en camino con el firme propósito de reclamar lo que se le debía.

¡Dura condición la del médico!

Cuando asiste a clientes ricos, la necesidad de «hacerse una clientela» le obliga a olvidar la cuenta durante todo un año, para no ofender ni contrariar a nadie.

¿Se trata, por el contrario, de gente pobre? Por muy reducido que sea el precio de la consulta o de la visita, es todavía caro para el cliente.

Y el hombre de ciencia se convierte en un mártir de su profesión.

Al recorrer el camino ordinario de sus visitas, el doctor iba meditando sobre estos dos términos del dilema.

¿A qué puerta iría a llamar?

¿A cuál de sus clientes pediría limosna?

En la primera casa observó que la familia entera no comía aquel día más que pan seco.

Y entonces otro sentimiento se apoderó del doctor, que tuvo que ejercer una atenta vigilancia sobre sus propios movimientos para no echar mano al portamonedas de un modo intempestivo.

Pero el tal portamonedas estaba tan escurrido, que sus costuras se tocaban.

Cuando iba a entrar en la segunda casa, encontró a una vecina que le contó una historia lamentable.

Los Budik, que así se llamaban, habían carecido de pan el día anterior, y ella habla tenido que prestárselo. Aquella mañana, el padre, aunque todavía con fiebre, se había ido a trabajar, pues el no hacerlo le costaba muy caro.

El doctor se volvía con la cabeza baja, preguntándose qué iba, a decir a Tina al entrar en casa.

Porque ya no estaban ellos solos para soportar las privaciones; tenían con ellos a Maina y a Joel.

Volver con las manos vacías no es más que gracioso para un cazador, pero muy lamentable para un padre de familia.

En el momento en que iba a entrar en la población, Budinio oyó que alguien corría detrás de él.

- ¡Eh! ¡Señor doctor!... ¡Señor doctor!... -gritaba una voz que Budinio conocía muy bien.

El que lo perseguía, era el posadero Cailleux.

¿Qué le querría?

Su cara estaba risueña, y el buen hombre interpeló sin cumplimientos al médico:

- Oiga usted, señor Budinio; tengo que pagar a usted una antigua cuenta... Ya se me había olvidado.

¡Una antigua cuenta que cobrar! Aquello venía a las mil maravillas.

Pero si a Cailleux se le había olvidado, había alguien que no se acordaba más que él, y era el médico mismo, que no se acordaba de haber visitado con gran frecuencia la posada del arrabal.

Pero la verdad, era que la cosa llegaba a tiempo y el anciano tuvo un alegrón.

¡Diantre! El buen Cailleux había dicho la verdad, pues introdujo al doctor en la gran sala de la posada, lo dejó solo en ella durante unos segundos y volvió trayendo cuarenta y cinco francos en la mano derecha y una nota de honorarios en la izquierda.

¡Cuarenta y cinco francos!

No había con aquello para hacer «cantar a un cielo» como se dice en España, pero con todo, venían bien aquellos dos luises, acompañados de su pieza de cinco francos.

Budinio los tomó riendo, estrechó la mano del hostelero, después de haber bebido con él un trago de sidra, y tomó alegremente, el camino de su casa por lo más corto.

Pero en el camino la preocupación se apoderó de nuevo de él.

Cuarenta y cinco francos no llevan hasta el fin del mundo. Era pues, preciso pensar ya en el día de mañana.

Y el anciano, que había hecho en varias ocasiones la suma de sus notas, encontraba que la cobranza no tenía nada de fácil.

Ahora bien, había que vivir mientras tanto y para vivir hay que comer, y para comer hace falta dinero.

¿A quién pedir el socorro indispensable, como medio de dejar pasar el tiempo?

La respuesta a esta pregunta primordial y de tan vital interés, tardó mucho en presentarse.

Nada repugna tanto a un hombre de corazón como el pensamiento de tender la mano aunque no sea más que por un día, por una hora.

Y el viejo Hugo Budinio experimentaba como nadie esa invencible repulsión.

Sin embargo, el doctor conocía la amistad bajo su verdadero nombre y en su más noble y conmovedora acepción.

El amigo de los pobres, tenía una amiga dispuesta a todas las abnegaciones.

Como una providencia invisible, pero siempre atenta, la señora del Closquet, mayor que él diez años y por eso mismo, propia para desempeñar el papel de hermana mayor, hacía muchos años que velaba por aquel gran niño, pues los seres generosos y buenos tienen siempre un lado infantil.

Así pues, la imagen de aquella señora fue la que se presentó como un faro de luz a los ojos del viejo médico.

Y sin más reflexión, tomó el camino más corto para la benéfica morada.

Pero no había dado doscientos pasos en la calle de Saint-Vincent, cuando se encontró frente a frente con su amiga.

La señora del Closquet le estrechó enérgicamente la mano.

- Buenas tardes, doctor; vengo de su casa de usted, pero, ya que lo encuentro, acompáñeme usted a la mía.

- Allá iba - respondió sencillamente el médico, inclinando la frente.

El buen señor no sospechaba que había repetido la frase de sublime candor pronunciada, por La Fontaine pobre, cuando encontró a la señora de Hervard.

Y Budinio ofreció galantemente el brazo a la anciana.

En el trayecto, todas las cabezas se descubrían ante ellos.

Porque los habitantes de Saint-Malo conocían a aquellos dos santos, a aquellos dos socios de la abnegación y de la caridad.

Y lo que no podían pagar a la señora del Closquet, millonaria y al señor Budinio, pródigo de su asistencia médica, se lo ofrecían en plegarias y en bendiciones.

Los dos viejos respondían a los saludos, él con un ademán familiar de la mano y la anciana con una bella sonrisa de gran señora, que daba reflejos de inmortal juventud a sus facciones rodeadas de cabellos blancos.

De ese modo llegaron al hotel del Closquet, que había permanecido tal como estaba en tiempo de Luis XIV, y en gran parte, como debió de ser en los tiempos de los corsarios de la Edad Media, con su patio de enormes losas, sus muros de dos metros de espesor y sus torrecillas almenadas.

Cuando estuvieron sentados, el uno enfrente del otro en el gran salón verde y negro, la señora del Closquet empezó:

- Sí, de su casa de usted vengo, amigo mío. Y a propósito; ¿qué le pasa a usted para tener ese aire preocupado?

- ¿Preocupado yo? - trató de balbucir el anciano. - ¡Vamos allá! ¿Quiere usted burlarse de mí?

- No, no, nada de eso. ¿Está usted enfermo acaso?

- Estoy cada día mejor. ¿Yo, enfermo? Eso sí que tendría que ver... ¿Y mis clientes? ¿Quién los cuidaría?

- ¡Diantre! Su sobrino de usted. Él trata de sucederle, ¿no es verdad?

Aquello era un derivativo, una preparación, una canción oratoria que iba acaso, a permitir al médico encontrar la coyuntura para revelar su preocupación del momento.

La anciana, pues, siguió diciendo:

- Y supongo que usted no es hostil a ese proyecto de Joel.

- ¡Hum! ¡Hum!... - gruñó Budinio, que tosió para ocultar su embarazo.

- ¡Cómo! ¿Acaso esa hipótesis no le agrada a usted?

Budinio se recogió unos segundos, y respondió después con solemnidad:

- Ese, querida amiga, sería el deseo de mi corazón. Mi más profunda alegría sería trazar en persona el camino a mi sobrino, iniciarlo en mi vida y llevarlo de la mano a la cabecera de mis enfermos. Pero...

- ¿Cómo «pero»? - interrumpió la señora del Closquet. - ¿Qué quiere decir ese «pero»?

- ¡Ay! Es de los más fundados, y he debido hacer conocer «la verdad» a mi sobrino en los primeros días de su llegada.

-Dejémonos de parábolas, doctor. ¿Qué entiende usted por «la verdad» en esta ocasión?

El viejo tuvo que explicarse con aquella señora y le expuso, con una sobriedad de palabras que encerraba muchas reticencias, las privaciones materiales y morales de su vida, los lentos pero intensos dolores de su impotencia para conciliar las exigencias de la vida social con la práctica del bien, tal como él la entendía.

Ciertamente, la del Closquet conocía tan bien como él aquella historia.

Y, sin embargo, sintió oprimirse su corazón y mojarse de lágrimas sus ojos al oír aquella declaración lamentable y franca.

La sombra de los grandes cortinones que cubrían las ventanas impidió a la vista envejecida y cansada del médico observar las perlas de la emoción que pendían de los párpados de la benéfica criatura.

- Ya comprende usted, ¿verdad? - concluyó el doctor, - que no he hecho más que mi deber al mostrar a Joel los dos aspectos de la existencia que se abre delante de él. En París, con las notas que ha obtenido y con trabajo e inteligencia, que no le falta, puede llegar a crearse una posición excepcionalmente brillante.

- ¡Bah! - exclamó la señora del Closquet, muy conmovida a pesar de todo. - ¿Y es usted, amigo mío, quien da tales consejos a un joven y quiere privar a Saint-Malo de un buen médico? No lo comprendo a usted, en verdad. Joel puede hacer lo que usted, y llegar a ser un modelo de...

Budinio la interrumpió con un ademán que expresaba tanto la desanimación como la modestia.

-Yo, amiga mía, he tomado acaso el peor camino. ¿Es seguro que ha sido mi deber lo que he practicado hace tantos años, hasta el punto de que llego a los límites del descanso sin haber sabido asegurármelo? ¿No he excedido la medida del bien que se debe hacer? ¿No he exagerado mi parte de responsabilidad?...

Cuando miro mi vida sin fausto, cuando pienso que tiene que llegar a estar vacía, en un plazo ya próximo, no puedo aconsejar a un muchacho que está dando los primeros pasos que siga un sendero que conduce acaso al desencanto final. ¿Me equivoco? Juzgue usted.

-Juzgo que se equivoca usted - dijo casi tranquilamente la señora del Closquet.

Budinio no protestó contra la sentencia.

Hacía mucho tiempo que estaba acostumbrado a tomar como oráculos las palabras de la anciana.

La señora del Closquet siguió recogiendo uno por uno los argumentos del doctor para volverlos contra él.

- ¿Resulta vacía su vida de usted? ¿Por qué? Le comprendo a usted muy bien esa alusión a su hogar actual, tan lleno de juventud. Vengo de allí, repito; he visto a aquellos dos adolescentes el uno al lado del otro, y le digo a usted en mi cualidad de antigua amiga: «Doctor Budinio, si su vida de usted llega a estar vacía será porque lo haya usted querido». Nadie piensa allí en dejarlo. Me parece, por el contrario, que está usted rodeado de unos jóvenes arbolillos que no piden más que crecer para unir sus ramas por encima de esa cabeza blanca y abrigar esas canas con su fresca afección.

El doctor no pudo menos de estremecerse.

Con una finura de vista extraordinaria, la señora del Closquet acababa de leer en él, de descifrar su pensamiento y de penetrar en los repliegues más íntimos de su corazón. Aquella anciana poseía su secreto.

-Vamos a ver, amigo mío, hablemos seriamente. ¿Por qué enviar de nuevo a Joel a París? Consérvelo usted a su lado y ayúdele con su experiencia. Ese muchacho llegará a ser el mismo hombre de bien que es usted, y continuará sus tradiciones.

De los labios del anciano se escapó una pregunta que revelaba sus preocupaciones.

- ¿Y Maina? - preguntó.

- ¿Maina? - repitió la señora del Closquet abriendo mucho los ojos.

-Sí, Maina, o Verónica, si usted quiere. Sabe usted su historia tan bien como yo. Si me quedo con Joel a mi lado, en Saint-Malo, ¿qué quiere usted que haga de esa niña... ¡Una joven! ...

Al oír esto, la anciana no pudo reprimir una franca risa.

- ¡Ah! Lo reconozco a usted bien en ese rasgo, hombre previsor. ¡Pardiez! Se comprendería ese escrúpulo si se tratase de guardar a «una joven» como usted dice, al lado de un muchacho. Pero no hay nada de eso en su caso de usted, mi pobre amigo.

Entonces llegó a Budinio la vez de asombrarse. El doctor no veía dónde iba a parar su interlocutor.

La señora del Closquet continuó, sin dejar de reír:

- No, no, viejo inocente, no hay nada de eso en su caso de usted. No tiene usted que temer esa responsabilidad. Supongo que Maina ha de casarse un día, ú otro...

- Precisamente - respondió el médico. -Y, para decir verdad, he contado con usted para ello.

- Es mucho honor para mí... ¿Quiere usted ahora, darme el empleo de casamentera?

- No, no es eso. Pero es muy natural que me dirija a usted. Ya que conoce tanta gente y que está usted tan bien con todos los curas y

todas las monjas, he pensado: «La señora del Closquet me encontrará un marido para Maina, y una mujer para Joel».

La anciana fingió un aspecto de gravedad, y replicó:

- Sepa usted, ante todo, querido amigo, que jamás he hecho tales cosas en los setenta y cinco años de mi existencia. Creo que cada cual se basta ampliamente cuando se trata de hacer alguna tontería, o de consumir su desdicha o su ruina.

- ¡Calla! -exclamó el doctor en tono de broma -¿es así como aprecia usted el matrimonio?... Veo que me da usted razón.

- ¿Por qué dice usted eso?

- Es claro, puesto que yo me he quedado soltero...

El golpe iba muy derecho para que la anciana, como mujer de talento, perdiera el tiempo en pararlo.

- Dejemos a un lado -dijo- esta broma pesada, y acabaré lo que tenía que decirle. Aunque pudiera yo hacer lo que usted decía, hace un momento, no lo haría.

- ¿Cómo? - preguntó Budinio, desconcertado por esa declaración.

- Sin duda. No tengo costumbre de oponerme a lo que Dios hace brillar manifiestamente a mis ojos, y por eso no trataré de romper por una contradanza de uniones mal apropiadas, el plan divino según el cual Joel debe naturalmente ser el marido de Maina, y ésta la mujer de Joel. He dicho.

El viejo doctor se cubrió la cara con las dos manos, pero entre sus dedos se deslizaban las lágrimas que le brotaban de los ojos.

La señora del Closquet se conmovió al ver aquel llanto.

- Y bien - dijo, - ¿qué tiene usted? ¿Acaso encuentra poco razonable esa hipótesis?

El doctor se enjugó los ojos y, por un movimiento espontáneo, cogió las dos manos de su amiga.

- Acaba usted de tocar las fibras más secretas de mi corazón. ¡Oh! sí se lo juro, es ese un proyecto que vengo acariciando hace años. Nada sería para mí más dulce que unir esas dos existencias queridas y

hacer que sean mis hijos por el corazón los que no lo son por la naturaleza.

Budinio se interrumpió, con la mirada brillante y arrebatado a los dominios de los sueños por aquel dulce espejismo.

- ¡Qué alegría el poder decirme antes de morir: Joel tendrá a su lado la más perfecta de las compañeras; Maina tendrá para apoyarse un brazo viril y un alma segura de sí misma! ¡Hubiera visto mis años duplicarse, triplicarse acaso al aliento rejuvenecedor de la felicidad! ¡Hubiera hundido mis dedos en los rubios rizos de unas lindas cabezas! ¡Hubiera visto crecer ante mis ojos como una dinastía de hombres que llevarían mi nombre y ejercerían mi honrosa profesión!

-Y bien -le preguntó la señora del Closquet al ver que se interrumpía, -¿qué se opone a la realización de ese idilio?

El doctor vaciló, se pasó varias veces la mano por la frente, y dijo por fin, triunfando de sus repugnancias:

- ¿Qué se opone, querida y buena amiga? Pues qué ¿no lo ve usted? ¿Puedo favorecer el matrimonio de dos muchachos pobres, de los cuales la una no tendrá dote y el otro no tendrá más que su inteligencia y sus brazos?

- ¡Bah! ¿Cuántos se realizan de ese género, que no son más desgraciados que los demás?

El doctor movió la cabeza, poco convencido por aquella opinión alentadora.

- Me ha dicho usted hace un instante, que estábamos hablando seriamente. Yo llamo hablar seriamente prescindir de todo dato imaginario, dejar la poesía para los días felices y no tener en cuenta más que las dificultades de la existencia. Para casarse, no basta poner en común... unas cuantas esperanzas; hacen falta cosas más sólidas para hacer hervir la marmita.

La señora del Closquet estaba literalmente aturdida.

Jamás hubiera previsto cosa semejante.

- ¡Muy positivista se ha vuelto usted! -exclamó. -¿Qué significan esas teorías que aplica usted por primera vez en su vida, no para usted mismo, sino para esos muchachos?

El doctor creyó ver en esas palabras una acusación de egoísmo.

- ¡Oh! querida amiga -replicó con vivacidad, - ¿puede usted pensar lo que dice?... ¿Cree usted realmente que me dejo influir por otro sentimiento que el del interés más inmediato de esos niños?

Esta vez la buena señora se enfadó de verdad, y dijo en un tono de impaciencia que no era fingido:

- ¡No, no, viejo loco! ¡No creo ni pienso semejante cosa! ¿Cree usted que no conozco su corazón de usted como si hubiera presidido, en el consejo de Dios, a la creación de esa alma de hombre de bien imprevisor? No, no es eso lo que he querido decir; me he limitado a criticar hoy ese aumento de previsiones pesimistas y ahora respondo a sus gritos de alarma: Deje usted correr el mundo. No se han hecho los proverbios solamente para ser desmentidos. Algunas veces tienen razón, y eso les ha valido el ser puestos en verso por hombres de genio, como Víctor Hugo...

No se quiebre usted la cabeza por el porvenir de esos dos tortolillos a quienes el destino ha adjudicado el amor en su reparto.

¿Tiene usted derecho de quejarse por ellos? ¿No ha sido un verdadero favor de la Providencia el haberlos colocado a los dos bajo su techo y asegurarles de este modo la subsistencia? Maina tiene dieciocho años y Joel veinticinco. Si hubiera usted pensado, hace diecisiete años y veinticuatro años, como parece que piensa hoy, en lugar de educarlos, como lo ha hecho, con el celo y el cariño de un padre, los hubiera abandonado en medio de la calle o arrojándolos al agua, como a los gatitos que estorban a su madre.

¿Para qué se toma usted hoy esos cuidados?

Un joven de veinticinco años, con un título que le hace apto para ayudarle a usted y para sucederle después, y una muchacha, de dieciocho, que puede, si es preciso, bastarse a sí misma con su trabajo, aun-

que sea dando lecciones, ¿pueden encontrarse en más apuro que cuando balbucían todavía en los pañales?

¿Dudó usted en aquellos tiempos al tomarlos a su cargo? No, ¿verdad? ¿Ha tenido usted ocasión de arrepentirse? De ningún modo.

Así pues, ni desaliento ni falsa prudencia. Recorra usted por completo su camino de hombre de corazón, amigo mío.

Reparta usted a su alrededor los beneficios, como lo ha hecho toda la vida, y case a esos dos chicos sin ensombrecer sus frentes con tristes anticipos de desgracia ni con temores que pueden ser quiméricos.

Dios, que proveyó entonces a sus necesidades, seguirá proveyendo a ellas, y mucho más ahora que tienen los medios necesarios para ayudarse también á sí mismos.

El viejo doctor bajó la cabeza. Aquella respuesta era contundente y cerraba la boca a todas las objeciones.

Además, la señora del Closquet añadió a su argumentación general una nota de confianza material.

- Oiga usted, Budinio, recuerde usted esto de una vez para siempre: la virtud recibe siempre su recompensa en este mundo, sin perjuicio de las remuneraciones que Dios le reserva en el otro. No habrá nubes en la boda de nuestros muchachos, yo respondo, y sabe usted que me engaño rara vez en mis previsiones.

Descuide usted; Joel y Maina serán dichosos y todo me dice que, sin faltar a las tradiciones de heroísmo, de abnegación y de caridad que usted ha sentado, tendrán todavía con qué darse buena vida.

La anciana se calló. Acababa de ver la cara del doctor completamente tranquila.

- ¡Excelente, amiga! -exclamó con efusión - ¡Qué excepcional criatura es usted! Una palabra suya basta para tranquilizar el corazón y para volver la confianza a los más desesperados. Gracias por la fuerza que acaba usted de darme.

- Entonces -dijo la anciana recobrando su ingenio habitual de mujer enérgica y animosa, debe usted de tener varios corazones, Bu-

dinio, porque he dicho bastantes palabras para tranquilizar una docena.

Y al ver que Budinio se reía de la ocurrencia mientras el sol se reflejaba en su pecho y en las ventanas cubiertas de espesas cortinas verdes, la del Closquet añadió:

- Y ahora, Budinio, márchese usted, pues tengo para mí que esa gran iluminación de los vidrios es debida a los rayos oblicuos de la puesta del sol. Apresúrese usted, porque podrán estar inquietos en su casa.

Estaban, en efecto, muy inquietos.

Maina había dejado a Joel saboreando su doble declaración para correr a la ventana de su cuarto y examinar desde allí la esquina de la calle que conduce hacia el Sillón.

No llevaba, allí tres minutos, cuando Joel y Tina la oyeron desde abajo gritar:

- ¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Ya viene!

Budinio llegaba, en efecto, a paso ligero y con el corazón lleno de alegría.

Fue necesaria la presencia de Tina para recordar la petición de aquella mañana.

El doctor no esperó que se la repitiera para exhibir los dos luises y la moneda de cinco francos de Cailleux.

Tina, en lugar de tomar aquel dinero, abrió unos ojos tan grandes como puertas cocheras.

- ¿Qué es eso? -preguntó como si no se acordara.

- Pues es el dinero que me has pedido.

Tina, sé echó a reír.

- Guarde usted eso para otra vez señor; nuestro ángel bueno ha pasado hoy por aquí y ha llenado nuestra lancha para mucho tiempo.

Y presentó a los ojos un poco asombrados del médico un soberbio billete de quinientos francos.

Budinio tardó algún tiempo en comprender.

Por fin, con los ojos llenos de lágrimas, dijo juntando las manos:

- ¡Ah! ¡Santa mujer!... ¡Por eso me hablaba de la Providencia! ...

IV

Los días más largos y más cálidos del año iban terminándose poco a poco.

Habían llegado la mitad del mes de agosto y el día 15, fiesta de la Asunción, que era el del santo del doctor, entre cuyos nombres bretones figuraba el de María.

Su madre, muerta en las Indias, fue la que quiso que se llamase así, para asegurarle una protección especial en el Paraíso.

Y, como decía la señora del Closquet burlándose de las pretensiones previsoras del anciano, «su madre no había estado nunca mejor inspirada, pues el doctor tendría gran necesidad de aquel apoyo el día en que compareciera ante el Supremo Juez.

Para festejar debidamente aquel día de bendición, había un complot en la casa.

Y el viejo empezaba a sospecharlo al ver aquellas caras de circunstancias y al sorprender de vez en cuando ciertos cuchicheos que cesaban cuando él se aproximaba.

- No hay para qué decir que aquellas precauciones de los conjurados eran de muy buen agüero para que el doctor se formalizase.

Pero era curioso como nadie el bueno del médico, y hubiera querido conocer, aunque sólo fuera un poco, el programa de los próximos regocijos.

Sucedió, pues, que la víspera del gran día, después de dar las doce, el doctor encontró entornada la puerta de la casa y vió en el corredor ciertas huellas de tierra fresca, lo que le hizo olfatear la pista de alguna sorpresa.

Y aprovechándose de que nadie le había visto entrar, subió sin ruido a su cuarto, se encerró en él con dos vueltas de la llave y aplicó un oído indiscreto a los rumores de una conversación que subían hasta él por la rendija de la ventana.

Eran Joel y Maina, que estaban hablando de cosas que nada tenían de indiferentes.

- Entonces –preguntaba la joven en un tono que sorprendió grandemente al viejo curioso, ¿es ella la que ha querido que fueses tú y no mi tío, el que la asistiera? Es gracioso, después de todo...

¿Qué historia era aquella de una enferma que prefería a Joel?

La curiosidad de Budinio, muy excitada, fue prontamente satisfecha.

- ¡Bah! No es tan «gracioso» como tú dices -respondió Joel -y vas a comprenderlo en seguida. Esa señora vive en París.

Últimamente, mi ilustre maestro y jefe de clínica, el doctor Bontan, fue llamado por esa señora para hacer a uno de sus hijos una operación muy sencilla, la cauterización de las amígdalas con el termocauterío.

Bontan me llevó con él y fui encargado de continuar en su ausencia los botones de fuego cada ocho días. Estuve yendo durante cinco semanas, plazo fijado por mi profesor, y después suprimí mis visitas.

Esa señora ha venido a pasar el verano en Parame, con sus hijos, y hace ocho días, uno de ellos, no el mismo, otro, ha tenido una inflamación de las amígdalas muy dolorosa. Es la tercera vez en seis meses que se le presentan esos abscesos.

La madre se aterró y pensaba tomar el tren para ir a París, cuando hace cuatro días se pronunció el nombre de Budinio delante de ella. Y la buena señora se puso muy alegre: «¡Budinio! Ese debe ser el interino que sirvió de ayudante al señor Bontan». Se le habló del tío, pero el que ella quería era yo.

La señora se puso en camino para venir y la casualidad nos sirvió a los dos, pues la encontré justamente en el desembarcadero de Parame, cuando venía a suplicarme que hiciese a su segundo hijo lo que tan bien había resultado en el primero. Yo le propuse que recurriese a mi tío, pero ella se negó. No quiere a nadie más que a mí.

¡Diablo! Me explico un poco la cosa, pues un médico de Dinard, que estaba de paso en Parame, le dijo que iba a emplear el nitrato de plata.

Naturalmente, la señora ha temido que el tío recurriese también a ese procedimiento, en lo que no se engañaba, y ella tiene horror al lápiz de piedra infernal, porque ha oído decir que la escara se desprende algunas veces y que si el niño se la traga, está perdido.

En suma, quería a toda costa el termocauterio, y la verdad, por no perder la ocasión, acepté.

Estoy en la tercera aplicación y todo marcha a pedir de boca.

Y aquí me tienes encantado, pues la buena señora, en la exuberancia de su entusiasmo, me ha pagado regiamente. Mira, mira lo que me ha dado.

Joel hizo sonar al oído de Maina cinco hermosos luises de oro nuevecitos.

- ¡Ahí tienes un estreno que promete, Joel! -dijo la joven batiendo palmas.

- ¡Diantre! Mi buena suerte me ha servido. Pero, como comprendes, esa operación correspondía en pleno derecho al tío. Yo no tengo derecho para visitar la clientela sin su permiso. Así pues, te voy a dar estos cien francos para que se gaste hasta el último céntimo. Haz lo que quieras, mangas y capirotos, a condición de que todo se emplee en festejar nuestro 15 de agosto.

Ha habido, sin duda, una confusión de nombres al principio, pero como en realidad era a mí a quien se buscaba y yo he hecho la operación, creo este dinero legítimamente ganado y puedo dárselo a mi tío en la forma que quiera.

Tenemos pues, cien francos más en la caja de los regocijos públicos. A ti te toca ver a qué capítulo de los gastos los aplicas.

Hubo un rato de silencio entro los dos interlocutores.

Hugo Budinio sentía su garganta, oprimida por la emoción.

Había previsto todas las sorpresas menos aquélla.

Maina respondió por fin a su compañero, y le dijo con voz tranquila y reposada:

- Estás en tu derecho, Joel, y fiaré lo que tú quieras. Pero créeme, esos cien francos no son necesarios; lejos de eso. Lo que dices sería casi malgastarlos, y el tío se enfadaría si lo supiera.

- ¡Bah! No sabrá nada. Y además, ¿no vale el tío cien francos?

- No bromees; sabes muy bien que no es en ese precio en el que se pueden valorar los méritos de un hombre como el tío. De ese modo no bastarían muchos millones. Pero hay otra razón, una razón seria, para que te hable como lo hago.

- ¿Una razón seria? Vamos, Maina, ¿qué quieres decir? Responde...

La joven se puso a hablar bajo, como si temiese que la oyesen las paredes.

- Oye, Joel; debes haber observado que, con frecuencia, la frente del tío se llena de arrugas, y que Tina se queda silenciosa.

- Ciertamente; pero lo que yo quiero es desarrugarlos y ponerlos locuaces.

La voz de Maina tomó una expresión de infinita ternura.

- Sí, Joel, pero no es a ese medio al que debes recurrir, créeme.

- ¿A cuál, entonces? Dilo pronto, porque me haces morir de impaciencia con tus reticencias.

- Pues bien, hay que reservar a escondidas la mayor parte de esta suma y dársela a Tina sin que lo sepa el tío. De este modo los gastos de la casa se harán con un poco más de facilidad hasta que vayan pagando los clientes, lo que no suele ser fácil ni frecuente.

Allá arriba, en su cuarto, el viejo doctor se estremeció.

¡De modo que su secreto, el secreto de sus apuros, que él creía tan bien guardado, estaba también en poder de aquella niña!...

Maina siguió hablando en el mismo tono de delicada atención:

- Puedes comprender, Joel, ¿no es verdad? que Tina no me ha dicho nada. La buena mujer se dejaría hacer pedazos antes que revelar la pobreza de su amo. Se parece al Caleb de la novela de Walter Scott,

que me diste a leer cuando era yo pequeñita... Pero yo veo claro, y a cada momento encuentro indicios de esos apuros.

- ¡Querida niña! - murmuró el doctor con emoción.

Joel empezó entonces a hablar, y era fácil conocer en el temblor de su voz que estaba conmovido.

¡Esa honrada Tina!... Tienes razón, sería una locura gastar esta suma en tonterías. Tienes razón, guarda eso... Pero, oye, hay un regalo que puedo yo hacer. Te encargo de él por completo.

- ¿Cuál Joel? ¿Qué regalo?

- Espera; voy a decírtelo al oído.

- No, no, me parece que puedes muy bien decírmelo desde tu sitio...

- No lo creas. No sé por qué, pero yo desconfío siempre de las paredes... ¿Y tú?

- No, no es de las paredes de quien yo desconfío. - Pero no importa - replicó Maina -Dime lo que es...

Hubo un corto silencio.

Y de repente subió del jardín hasta los oídos del doctor una onomatopeya, sobre cuyo carácter no era posible equivocarse...

Inmediatamente sonó una alegre carcajada de Joel, en la que se revelaba toda su exuberante juventud.

Y en los intervalos se oía la voz dulcemente regañona de Verónica, que decía:

- ¡Oh! no ¿sabes? No te vuelvo a dejar que me hables al oído... Pero, eso sí, has tenido una excelente idea. Dentro de un momento iré yo misma a hacer esa compra... Y a propósito; de paso compraré una hucha.

- ¡Una hucha! ¿Para qué, Dios mío?

- ¡Toma! Para guardar nuestras economías, que van a empezar por cincuenta francos, lo menos.

- ¿Y vas a meter cincuenta francos en una hucha?

- ¿Dónde quieres que los meta? Una arca de hierro me parece presuntuoso, y una media de lana me parece muy común.

- Tienes razón, como siempre... ¡Oye eres un ángel, Maina!

La joven tomó un tono burlón.

-¿Nada menos? Mira, Joel, tus cumplimientos empiezan a ser monótonos. ¡Siempre lo mismo! Angel se dice muy pronto y es muy vulgar... Debías variar un poquito tus comparaciones.

- Esa es buena. ¿Qué quieres entonces que te llame?

- La verdad, no lo sé... En ese mismo orden hay serafín, arcángel, virtud celestial...

La risa volvió a apoderarse de Joel.

- ¡Oh! No, no me resulta eso de llamarte «virtud celestial».

Aquella charla hubiera podido durar muchas horas, si Verónica, mucho más práctica que su compañero, no le hubiera puesto término recordándole la hora.

Era tiempo, en efecto, de ir a hacer las compras.

- ¿Y tu planta? - preguntó Joel a modo de conclusión.

- ¿Mi planta? Mírala - exclamó triunfalmente la joven.

Y tomando de un rincón del bosquecillo el tiesto de verónica, lo puso ante los ojos encantados de Joel.

La planta, rejuvenecida por sus cuidados, estaba soberbia de salud y de lozanía.

En cada una de sus ramitas se balanceaba un racimo florido.

Y el doctor Budinio pudo conocer desde la ventana la planta que unos días antes había expulsado tan brutalmente de su cuarto, con la diferencia de que desde entonces se había transformado, gracias a la tierna incubación de Maina.

- Esta noche -dijo la joven toda gozosa, - mi tío volverá a encontrar su verónica.

¡Querido nombre, que resonó en lo más profundo del corazón del viejo médico!

Aquellas palabras vertieron en su oído tanta dulzura como un cántico, como un murmullo del infinito y de la bienaventuranza que le hubiese traído la brisa de alta mar.

Su corazón, oprimido, latía violentamente y el doctor tuvo que esperar aún unos minutos para serenarse.

Los dos jóvenes se separaron, y Maina entró corriendo en la casa.

- ¡Ahí sube! -pensó Hugo Budinio. -Ocultémonos.

Pero se engañaba.

El idilio del jardín no había llegado al epílogo.

Joel se echó a correr de repente detrás de su prima.

Y la alcanzó en el patio, precisamente debajo de la ventana de su tío.

- ¿Qué se te ocurre aún? - preguntó Verónica, volviéndose al oír ruido.

- Se me ocurre -dijo el joven, -que se te ha olvidado una cosa.

- ¿Qué?

El enamorado le tomó una mano y apoyó en ella dulcemente los labios.

- Se te ha olvidado decirme que me quieres.

- ¿No era más que eso, gran chiflado? -preguntó Maina echándose a reír. - Pues bien, déjame marcharme, tengo prisa y... te quiero.

- ¡Y yo te adoro! -exclamó el joven médico.

Esta vez, el tío no vio la escena, pero oyó las palabras.

No pudo ver el cuadro encantador de la linda muchacha girando sobre sus talones para huir y enviando con las puntas de los rosados dedos una caricia mímica a su prometido.

Tampoco pudo intervenir en el asunto.

Hubiera sido confesar que escuchaba detrás de las puertas, y además, Maina estaba ya en la escalera.

Durante unos instantes, pues, Budinio tuvo que resignarse a una inmovilidad completa.

Maina, corrió al cuarto de su tío en cuanto llegó al piso alto.

El doctor le oyó pararse delante de la puerta, escuchar por la cerradura y dar después unos golpecitos.

El anciano no se movió y contuvo el aliento.

Aparentemente tranquila, la linda criatura gritó a Tina por el hueco de la escalera:

- ¡Tina! Todavía no ha vuelto... Despachémonos, si queremos hacer los últimos preparativos.

- Estoy pronta -respondió Tina desde abajo.

Esta vez Maina volvió al cuarto del doctor, levantó el picaporte, y al ver que la puerta resistía no pudo contener una exclamación:

- ¡Adiós! ¡Ahora, está cerrado, cuando jamás sucede tal cosa! ... ¿Cómo voy a arreglarme?

Mientras tanto Hugo Budinio se reía para sus adentros y pensaba:

- ¡Qué imprudente soy! ¿Pues no he dejado la llave en la cerradura?

Por fortuna, la muchacha no echó de ver ese detalle, característico.

No bien había vuelto la espalda, cuando el anciano fue de puntillas a quitar la llave.

Después esperó otro rato.

Pronto disminuyeron los rumores en la casa. El paso ligero y juguetón de la muchacha se fue alejando, confundido con el andar pesado de Tina. Las dos mujeres bajaron juntas la escalera y un instante después sonó ruidosamente al cerrarse la puerta de la calle.

Budinio respiró con satisfacción.

Estaba libre.

Echó una mirada por la ventana, y vio a Joel plantado en medio del jardín, con las manos en los bolsillos y clavando una mirada extática en una de las ventanas del cuarto de Maina.

- ¡Bravo muchacho! -exclamó el doctor.

Y añadió enseguida:

- ¡Dichosa edad! Amor y agua clara, he aquí un régimen substancioso para los jóvenes.

Después, muy tranquilo, abrió la puerta, bajó la escalera, y fue lentamente a reunirse con su sobrino debajo de los árboles.

... ..

El fin de aquel día fue digno del principio.

El doctor fingió la ignorancia y la sorpresa con una doblez forzada que hubiera hecho honor al más perfecto diplomático.

Después de prolongar su ausencia de su cuarto todo lo necesario para que Maina colocase en él los regalos, y muy especialmente el tiesto, que era lo más interesante de la fiesta, se dejó dócilmente conducir por su sobrina al comedor, resplandeciente de luces y de reflejos de cristal. La señora del Closquet había llegado unos minutos antes.

La anciana, traía a la solemnidad la animación, el ingenio, la inagotable alegría, que sus setenta y cinco primaveras habían conservado como en depósito.

No fue ella la menos bulliciosa de la velada.

Y cuando Hugo Budinio presentó a la anciana la verónica recogida y resucitada por Maina y le contó la conmovedora anécdota, la señora del Closquet exclamó alegremente:

Eso le enseñará a usted, doctor, que no hay que desesperarse jamás. Allí donde sus manos de sesenta y cinco años no habían podido producir más que la muerte, los dedos de dieciocho años de Maina han hecho surgir la vida y la primavera. Y ha bastado una complacencia de la Naturaleza para que el tiesto brille en esta mesa, como una lección florecida en un remordimiento.

También el doctor estaba de vena.

- ¡Bah! - dijo con una sonrisa enigmática que sólo sorprendieron la señora del Closquet y Tina; -no es más que la resurrección de la segunda Verónica lo que Dios me concede. Más me gusta la realidad que el emblema.

Maina, con los ojos llenos de lágrimas, se dejó caer en los brazos del anciano y apoyó la cabeza en su corazón.

V

Pocos días después de estos acontecimientos Joel y Maina fueron llamados a desempeñar un papel activo.

Y por papel activo hay que entender el que imponen a todo hombre de corazón y a toda mujer animosa el sentimiento de la caridad y el deber con el prójimo.

Su mismo tío fue a llamarlos para llenar esa tarea.

- Niña, - dijo a Maina, - es una antigua costumbre de la gente de este pueblo llamar a mi puerta a todas horas del día y de la noche.

Cuando la tempestad arroja sus víctimas a la playa, al pie de los baluartes, lo primero que se hace es traer a los que viven todavía a casa del doctor Budinio.

Hasta ahora, Tina ayudada por algunas mujeres ha bastado para hacer las curas que yo mandaba.

Pero, ahora que estás tú aquí, no creo pedirte mucho rogándote que ayudes a prestar estos socorros.

Maina respondió, dirigiendo hacia él sus grandes ojos húmedos.

- Te doy las gracias tío, por esas palabras que me prueban tu confianza. Si no me hubieras llamado, yo misma hubiera pedido el favor de que me aceptases para esa misión.

- Muy bien Maina, muy bien. Es de desear, sin embargo, que no llegue ese caso, aunque no hay ejemplo de que se haya desencadenado en estas costas una tempestad sin arrastrar en pos de sí la muerte.

- ¿Son pues, tan imprudentes nuestros pescadores?

- ¡Ay! Hija mía, ¿no lo es el hombre en todas partes? Y éstos tienen muchas excusas para su imprudencia. ¿No arriesgan todos los días su vida por la de sus hijos?

Lo que provocaba esta dolorosa conversación era el espectáculo de un huracán como los habitantes de Saint-Malo, tan acostumbrados a las violencias del mar, no lo habían visto en mucho tiempo.

¡Qué incomparable espectáculo!

Solamente el mar tiene el secreto de variar hasta el infinito el aspecto de sus cóleras.

Desde Dinard hasta Paramé; desde el cabo de Grouin hasta las rocas de Cancale, el mar era una caldera en ebullición.

El canal de la Mancha entero, como una corriente de agua que ha roto sus diques, se lanzaba implacable y terrible al asalto de las costas.

El «Vieux Rocher», como un centinela inmóvil, hacía frente a la tempestad en medio de aquella sublevación titánica de los cielos y de las ondas.

Eran en aquel momento las cuatro de la tarde del 6 de septiembre.

Los pescadores decían, moviendo la cabeza, que aquella tempestad era una traición de las olas, pues anticipaba las furias del equinoccio y había sorprendido a todo el mundo.

La pobre gente no quería confesar su incuria que las había hecho descuidar los reiterados avisos de los observadores del cielo.

Y, como decía el doctor, los imprudentes pagaban en aquel momento su imprevisión.

Como si fuera una mano tendida de antemano a los naufragos, el muelle prolongaba su curva elegante a través de aquella ebullición, pero apenas se podía distinguir la rompiente en su extremo.

Lanzadas con la velocidad de un caballo a galope, las olas se juntaban por encima de la punta avanzada, y algunas, más gigantescas, corrían hasta el pie del faro, y atacadas de pronto de locura, saltaban a formidables alturas, como si quisieran romper con su choque aquella linterna de cristal, en la que iba a encenderse dentro de un momento, la chispa de esperanza y de sostén para los desgraciados próximos a perderse en el lejano horizonte.

El viento continuaba su furiosa carrera por el firmamento y pasaba silbando y aullando por las erizadas crestas de las olas, nivelán-

dolas, tan pronto bajo una presión incalculable, como hundiéndolas hasta las entrañas del mar en siniestros abismos.

La tierra expresaba su terror con sordas quejas y lamentables gemidos.

El Vieux Rocher se agitaba en su base, conmovido por los golpes de ariete de las olas y como espantado por aquel exceso de furor. Pero después de cada asalto erguía orgullosamente su cabeza de granito en la que relucían las gotas saladas. La alta roca rechazaba el abrazo del húmedo elemento, se desprendía de su presión y desafiaba de nuevo a la Mancha, con un estridente clamor.

En el Grand-Bey, la tumba del cantor de Atala, desaparecía a veces bajo la espuma.

Un traidor golpe de mar se había llevado hasta los baluartes una fila entera de casetas de baño.

Las calles estaban desiertas.

Las muestras de las tiendas, arrancadas por el viento de sus goznes oxidados, volaban como bólidos y rompían los escaparates, quebraban los cristales y desconchaban las fachadas y las esquinas.

Era aquello la imagen del caos en su más espléndido horror.

Los habitantes de la casita del doctor estaban en las ventanas para verlo todo.

Pero se ocupaban en contemplar aquel cuadro del diluvio.

Hugo Budinio estaba acostumbrado a verlo.

En previsión del último acto del drama, había hecho sacar todos los muebles de la pieza enlosada que precedía a la cocina, en la planta baja.

Observando sus órdenes, pero sin esperarlas, hasta tal punto las sabía de memoria la criada había extendido en el suelo una capa de ceniza bastante espesa.

Sobre aquella, primera capa, se ponía después otra de ceniza muy caliente para curar en ella a los ahogados.

En un rincón estaban preparados cuatro colchones para recibir las víctimas a medida que las fricciones enérgicas en el costado y en el pecho les fuesen restableciendo la respiración.

Un poco más allá, Maina, se multiplicaba para colocar en una mesa vasos, cucharas y frascos de todas dimensiones, que contenían todo un botiquín de circunstancias: amoníaco, láudano, emético e ipecacuana, violentos revulsivos, pomadas dérmicas, y en una palabra, todo lo necesario para volver a un hombre a la vida.

Joel estaba más especialmente encargado por su tío de la preparación de los ingredientes.

Y el doctor mismo estaba ocupado en enseñar a su sobrina, a dar fricciones.

Maina, aprendía inmediatamente lo que se le enseñaba y mostraba maravillosas disposiciones para su papel de enfermera improvisada, cortando vendas y compresas y preparando hilas, en previsión de heridas siempre posibles a consecuencia de choques violentos contra las piedras, los hierros o los fondos de las rocas.

No se hizo esperar la ocasión de echar mano de aquellos recursos.

Un clamor compuesto de mil gritos, hizo asomarse prontamente a la ventana a todos los habitantes de la casa.

El drama de los elementos se complicó en aquel instante con una trágica escena.

El bote de socorro había salido ya del puerto y doblando la punta del muelle, había ido a colocarse entre el Grand-Bey y el Pequeño.

Pero no fue ninguna barca la que reclamó su intervención.

De repente se vio surgir de entre las ondas una embarcación de puente, una balandra que el doble impulso de las olas y del viento levantó como una paja y lanzó hacia el antepuerto con indecible violencia.

Se pudo ver claramente que cinco hombres iban agarrados a las bordas del barco que naufragaba.

La embarcación no gobernaba.

Su palo, roto por la mitad, sostenía un jirón de foque, que chasqueaba con un ruido siniestro en medio de los mugidos del viento, y parecía un sudario que se hubiera desplegado espontáneamente sobre un cadáver.

Al llegar enfrente del muelle, la balandra fue rechazada por la resaca y tuvo entonces como una probabilidad de salvación.

Se hubiera dicho que dudaba ante aquella masa de piedra y que un infalible instinto la advertía del peligro supremo.

De su bordo subió un llamamiento desesperado, que respondió el bote lanzando una flecha con su correspondiente amarra.

¿Pero quién podía en tal momento arrancar aquel despojo a su destino?

La flecha cayó dos o tres metros antes del barco, y el viento volvió a apoderarse de su presa.

Una ola enorme levantó la embarcación como levanta la pelota la pala que la impulsa.

Y la arrojó irresistiblemente contra la mole pedregosa del cabo.

En medio del furor del viento se oyó un espantoso crujido.

¡Pobre gente!...

Apenas había tenido tiempo para recibir la absolución final de manos del sacerdote que estaba de pie, de sobrepelliz y estola, en las primeras rocas de la costa.

La ola refluyó, enorme y rugiente, sin que aquel holocausto la hubiera satisfecho, pues volvió a la carga contra la armazón que se dejó ver un instante deshecha y con el costado abierto por el espantoso choque.

El agua se puso a despedazar aquel montón de madera, hierros y cuerdas, y en pocos minutos, mil restos informes llenaron la playa hasta el pie de los baluartes, rodados por la espuma traídos y llevados en un juego infernal por la mano invisible que acababa de romper su cohesión.

Del seno de la multitud palpitante salieron nuevos gritos.

Entre los fragmentos del barco, las olas habían arrojado a la playa tres cuerpos.

De todas partes se lanzaron hombres para recogerlos.

El agua jugaba con aquellos despojos como un gato con los ratoncitos.

Fueron precisos todavía unos minutos para poder recoger aquellos hombres.

Y, naturalmente, como había previsto el doctor, fue a su casa adonde se transportó a aquellos desdichados.

¡Ay! Uno de ellos había cesado de vivir, pero no era el agua lo que lo había muerto.

Se le encontró clavado en el pecho el hierro de un bichero. Aquél no había sufrido, pues había muerto en el acto.

Los otros dos, aunque en un estado lamentable, ofrecían todavía esperanzas.

Uno llevaba en la frente una ancha, herida de la que corría la sangre.

El otro había sufrido los primeros fenómenos de la asfixia.

El doctor movió la cabeza al verlos.

- Tú, Joel -dijo a su sobrino, -encárgate del ahogado. Tina entiende mucho de eso. Yo me reservo el herido y tu prima bastará para ayudarme en mi tarea.

Para reanimar al primero hizo falta más de media hora.

El segundo, aunque había absorbido menos agua, estaba en una situación más peligrosa por efecto de la fractura del cráneo. Por fortuna, la sangre que había echado le había evitado una congestión inmediata.

Así fué que, al cabo de una hora, el viejo doctor, secundado por su sobrina, acabó la primera cura y pudo decir con alegre satisfacción:

- Si Dios quiere librarlos de complicaciones interiores, creo que los dos escaparán.

Budinio permitió a las familias de los dos naufragos, dos aduaneros marinos, que se llevasen a sus parientes a sus casas.

Aquella fue la primera prueba de Maina.

Y la joven pudo felicitarle por no haber tenido que renovarla en el mismo día.

La tempestad no hizo nuevas víctimas durante la tarde y la noche y se apaciguó insensiblemente hasta que el viento del Este, que reinó hacia las doce, hizo retroceder la borrasca que el Noroeste había desencadenado.

A la una de la madrugada, todos los habitantes de la casita se retiraron a sus habitaciones, muertos de cansancio.

Por la mañana el doctor estaba en pie a la hora habitual. Además de sus enfermos ordinarios, tenía que tomar noticias de los dos clientes inesperados que le había proporcionado el huracán.

Budinio encontró a Maina levantada, pues la joven era madrugadora por gusto.

- Y bien, hija mía -le preguntó Hugo Budinio besándola fraternalmente en la frente, -¿No te han dado sueño las emociones de anoche, puesto que te levantas a ver la aurora?

- No -respondió Maina sonriendo -aunque no estuviese acostumbrada a hacerlo, el interés por nuestros pobres heridos de ayer hubiera bastado para despertarme... Venía a pedirte que me llevases contigo para verlos.

Budinio vaciló unos segundos, pero por fin dijo, calándose el sombrero:

- ¡Vénte!... ¿Quién sabe? Acaso estés destinada a ser la mujer de algún médico... Además, has trabajado muy animosamente para no tener derecho a una recompensa. Y no sé de ninguna mejor para una joven de tu temple, que recibir las gracias de la pobre gente a quien has socorrido.

Maina quiso protestar contra aquellas palabras de elogio que herían su modestia.

- ¡Oh! Tío, olvidas que no he desempeñado más que un papel secundario. El agradecimiento debe ser para ti.

Budinio la besó otra vez con caluroso afecto.

- ¡Bah! No perdamos el tiempo en esta admiración mutua. Vén a recoger los cumplimientos y nos los repartiremos después.

El doctor dio el brazo a su sobrina y se la llevó con él.

Si hay un sentimiento que honre a la humanidad, es, seguramente, el agradecimiento.

Nada hay más dulce al oído ni más grato al corazón que las palabras de gratitud.

Y el bienhechor desinteresado experimenta también, al oír esas palabras, un placer incomparable.

Eso sucedió con Verónica.

La joven experimentó ese placer en toda su pureza, mucho más intensa todavía porque los dos enfermos pudieron unir la expresión de gratitud a la de sus familias.

Los dos, en efecto, estaban en vías de curación. La primera cura del médico había bastado para el enfermo cuya herida era por fortuna, enteramente superficial.

- ¡Bueno! -dijo gravemente, el señor Budinio para poner fin a las exageraciones molestas; -dentro de tres días todo habrá desaparecido.

Tres días de ocio es mucho para los pobres.

Pero en aquellas circunstancias las víctimas pertenecían a una administración del Estado, y aunque hubiera interrupción en su servicio, no la había en sus sueldos.

Los dos visitantes dejaron, pues, las caras contentas y se retiraron colmados de bendiciones.

En cuanto volvieron a Saint-Malo, Maina corrió a contar sus impresiones a Joel.

¿Sabes? -le dijo estrechándole las manos; -esta aventura me ha hecho conocer mi verdadero camino. Nunca me casaré más que con un médico. Eso te lo aseguro.

El joven dió un beso en cada una de aquellas manos que habían vertido el bálsamo a los que sufrían.

Después, levantó la cabeza y dijo echando a su prima una mirada maliciosa:

- ¡Oye! Me dices eso como si no debieras ser mi mujer.

- ¡Qué idea! -exclamó Verónica. -Me parece que he dicho todo lo contrario.

- Sí, pero me has hablado como si yo fuera un abogado o un registrador de la propiedad.

Maina se echó a reír de buena gana, con esas sonoridades que no se encuentran más que en las gargantas de los niños, y lo amenazó amistosamente con el dedo, diciéndole:

- Mira lo que tiene el querer dar gusto a las personas. Te he dicho eso precisamente porque tú eres médico. Descuida; no lo volveré a hacer.

Poco a poco la conversación, sin dejar de ser tierna, se hizo más seria.

Y entonces Verónica contó a su primo que la vista de los sufrimientos ajenos no había producido en ella la repulsión invencible que tenía antes de ir a visitar a los heridos.

Por el contrario, el espectáculo de la debilidad humana la había conmovido en un sentido de tierna piedad respecto de los desheredados y de los humildes.

Y concluyó con un dejo de melancolía, en la voz.

- Hasta el punto Joel, de que si no debiera ser tu mujer, me haría religiosa. Y aun...

El joven médico dió un salto al oír esa reticencia.

- ¿Qué es eso? ¿Qué significa esa locura? Voy a decir al tío que nos case corriendo, para hacer tus veleidades de renuncia al mundo absolutamente platónicas.

Aquella exclamación volvió a dar al diálogo el tono de alegría de que la juventud no puede prescindir.

Y sin embargo, tres horas después, la joven se acercó a su primo con un aire de gravedad que aquél no le había nunca conocido, hasta el punto de que Joel se sintió un poco inquieto ante la mirada dulce y triste que Maina le dirigió, como si hubiera querido hacerle adivinar sus angustias sin recurrir a la palabra.

El joven médico quiso, pues, saber a qué atenerse.

- Oye, prima -le dijo; -no me gusta andar con rodeos. Tú tienes algo que te atormenta y veo en tus ojos que no te atreves a confiármelo. Anda, pues; desahógate de ese cuidado.

Maina le llevó a la parte más frondosa del jardín, y allí, con mil vacilaciones, le confió sus temores.

- Díme, Joel, ¿es cierto que debemos casarnos?

- ¡Vaya una pregunta!... ¿Qué te hace hablar así, Maina?

-Voy a decirte... Anoche, antes de dormirme, reflexionó mucho y...

-Y... -la interrumpió el joven bromeando, eso no te impidió dormir a pierna suelta.

Maina continuó sin hacer caso de la interrupción:

-He reflexionado que no es posible casarse así, sin dinero.

- ¿Y quién te dice que nos casaremos sin dinero?

- ¿Quién? Todo está en el aire. ¿Tienes tú fortuna, Joel?

- Tengo mi título -dijo resueltamente el joven médico -y no creo ser un tonto.

Maina sonrió, ya medio tranquila, y objetó con más indecisión :

- Sí, ya lo sé. Pero... en fin, en los primeros tiempos... No podemos vivir a expensas del tío. Tenemos que bastarnos a nosotros mismos.

- ¡Y bien, nos bastaremos, qué diablo! Yo trabajaré y espero que no será para el vecino de enfrente.

Joel no creyó que debía decir sus esperanzas en el dote de Maina.

La joven iba, sin duda a replicar, pero la llegada inesperada de Tina hizo variar el curso de sus pensamientos.

La cara de la vieja ama de llaves estaba muy alterada y por sus mejillas corrían grandes lagrimones.

Y a las reiteradas preguntas de los dos jóvenes no respondió más que estas palabras de una espantosa concisión:

-¡La señora del Closquet se está muriendo!

VI

Sí, la hora de la recompensa había llegado para aquella anciana mujer de bien

Iba a morir, porque todo ser nacido en la condición terrestre, debe hacerlo.

Pero la palabra «muerte», que toma tan lúgubres colores y tan tristes acepciones, no tenía para ella ese sentido siniestro ni ese aspecto de duelo que le atribuyen los supervivientes desesperados.

El espectáculo de aquel lecho de muerte no era más que el de una emancipación.

Una alma pura y hermosa, altiva, y ya lavada de las impurezas de la tierra, se escapaba de la cloaca y abandonaba la envoltura de materia a la que lo había ligado la misteriosa combinación preordenada por la Sabiduría creadora.

La noble señora se marchaba sin sacudimientos y casi sin dolor.

Cuando se sintió enferma, hizo llamar a su antiguo amigo el doctor Budinio.

Y, tranquilamente, le dijo con aquella voz que no temblaba nunca:

- Querido amigo, veo muy bien que mi máquina está ya gastada y que no hay nada que hacer. Si le he hecho a usted venir, ha sido para satisfacción de mi conciencia, pues es un deber para el hombre disputar su vida hasta el último momento.

Pero sé bien que estoy vencida de antemano y que mi vitalidad está agotada.

Venga usted, pues a verme como amigo, pero si la amistad puede aún hacer que la ciencia se forme ilusiones, no le prohibo que intente lo imposible para prolongar todavía mi vida algunos años.

Todo aquello fue dicho con gran aplomo.

La inteligencia permanecía dueña de ella y la voluntad se afirmaba, en el cuidado que mostraba la moribunda al disponer sus últimos momentos y ponerlo todo en orden con ese objeto.

La excelente señora añadió, con la maliciosa sonrisa que nunca la abandonaba:

- Figúrese usted que uno de mis herederos me ha jugado una mala partida, precisamente el pródigo, el que más hubiera necesitado mi muerte. Se ha muerto antes que yo y eso me obliga a modificar mi testamento. En fin, estaba de Dios que yo tendría trabajo hasta el último instante.

¡Buena y honrada mujer!

Sabía muy bien que el trabajo estaba ya hecho y su decisión formada acerca de los que debían reemplazar al heredero difunto.

Pero, modesta hasta el fin, desdeñosa de las manifestaciones exteriores del farisaísmo y no queriendo que la mano izquierda supiese el bien que hacía la derecha, había dejado al notario el cuidado de hacer saber a los interesados sus últimas voluntades.

El doctor Budinio no se había engañado desde el primer momento de la enfermedad.

La anciana señora estaba amenazada hacia mucho tiempo de una enfermedad del corazón..

Cuando el mal apareció en escena, con las apariencias relativamente benignas de una pulmonía franca contra la cual ofrecía recursos el robusto temperamento de la septuagenaria, el médico comprendió pronto que aquello no era más que la máscara engañadora de la bronquitis capilar, ese terrible y sofocante catarro que arrebató a los viejos y a los niños.

El doctor quiso, sin embargo, emprender con toda energía la lucha contra la enfermedad.

Y por un aumento de atención, instaló a Joel y a Maina de guardia permanente junto a aquella cabecera.

De éste modo, la señora del Closquet pudo decir al tercer día después de haberse presentado la dolencia:

- ¡Dos médicos, nada menos! Y, sin embargo, mi pobre Budinio, toda su ciencia combinada no me sacará del mal paso. Me voy a escurrir de entre los dedos sin que puedan ustedes impedirlo.

Y decía la verdad.

La serena conciencia de su estado le permitía hacer de sí misma un diagnóstico infalible.

A los seis días no conservaba ya ni la apariencia de ilusión que sus dos médicos creían haber entretenido en ella.

Y la anciana llamó dulcemente a Verónica y le encargó que fuese a la iglesia a avisar al abate Dagorn, su confesor habitual.

La joven protestó.

Maina creía en el parecer de su tío y su primo y no juzgaba la situación tan desesperada.

Pero la señora del Closquet venció en pocas palabras aquella resistencia.

- ¿Por qué vacilar, querida niña? Si debo curarme, el Santo Viático me ayudará más que nada. Y en el caso contrario, tendré la satisfacción de estar dispuesta con mucha anticipación.

La anciana se sonrió.

Y Maina, que nunca había visto morir a nadie, se quedó maravillada ante aquella calma admirable.

La joven, pues, se apresuró a condescender con los deseos de la moribunda.

Fue ella misma a buscar al sacerdote, el cual dispuso la habitación para la sencilla y grandiosa ceremonia de que iba a ser teatro.

El doctor Budinio quiso regañarle por aquel apresuramiento.

Pero la señora del Closquet lo reprendió ella misma por su intervención en una materia que no le concernía.

- Mi querido amigo, eso no le importa a usted. Tengo derecho de salir de este mundo por la buena puerta y usted me conoce bastante para saber que no soy una mujercilla que retrocede ante los hechos. A los setenta y cinco años la muerte es una terminación normal de la

vida. Hace lo menos cuarenta que me estoy preparando a ella y no quiero aparecer demasiado triste al marcharme.

Al día siguiente de aquel en que el cura franqueó el umbral de la habitación, las fuerzas de la enferma, empezaron a decrecer con rapidez.

La fiebre no volvió a interrumpirse.

El pulso se puso a latir con indecible violencia y la respiración anhelosa, acusó la espantosa disnea, que progresaba de hora en hora.

Recostada en las dos almohadas que Maina había puesto bajo su cabeza, la moribunda, a pesar de las sofocaciones progresivas, no perdía la presencia de espíritu ni su imperturbable serenidad.

Quería conservar la posesión de sí misma hasta el último minuto.

Esas enfermedades inflamatorias de los órganos de la respiración dejan siempre intactas las facultades intelectuales.

Por eso las agonías de los tísicos son tan desgarradoras para los asistentes.

Si la víctima es joven y tiene conciencia de su estado, sucede con frecuencia que no puede resignarse con la muerte.

Y si ignora que está a las puertas de la eternidad, no habla más que de su curación, de un pronto restablecimiento y de los goces que le reserva todavía esta vida que se le escapa y cuyos espejismos seducen aún a aquella mirada ya ensombrecida por la eterna obscuridad.

El adiós de la señora del Closquet no tuvo esas angustiosas tristezas.

Ella misma se dedicó a consolar a sus amigos y a distraerlos de sus preocupaciones.

Con una sublime abnegación de su sufrimiento personal, parecía cuidarse tan sólo de la dicha de los que dejaba detrás de ella en el mundo.

Sabía que ninguno de los parientes que debían aprovecharse de sus larguezas póstumas, podía asistir a sus últimos momentos, sin guardarles rencor por las imposibilidades materiales que los retenían

lejos de ella, y pudo dedicarse por entero a los amigos cuya presencia, alrededor de su lecho de muerte le parecía un favor especial de Dios.

La víspera del último día, aprovechó un momento en que Joel y Maina estaban juntos al relevarse en su papel de enfermeros, para hacerles una confidencia.

La anciana tomó la mano del joven doctor y la puso en la de Maina.

Tenía derecho para hacerlo así, pues los había visto nacer a los dos y los había seguido con su solicitud durante los años de su crecimiento paralelo.

Y como los tuteaba en el tono de una abuela que habla con sus nietos, pudo decirles:

- Joel, conozco el fondo de tu corazón. Haz elegido ya la compañera de tu existencia y Maina ha confirmado tu elección. Dejarme ver renovar vuestros juramentos ante mis ojos, y si algún temor inoportuno pone sus sombras ante vuestras perspectivas de dicha, contad con la protección del Cielo para allanar todos los obstáculos. No opongáis los vanos cálculos de la razón al consentimiento espontáneo de vuestras almas. No se es joven más que una vez. Consagrad, pues, vuestra juventud al amor legítimo. Sedlo todo el uno para el otro y guardad en vuestra mente la promesa de felicidad que os hace en este momento vuestra vieja amiga expirante.

Los dos jóvenes, muy conmovidos, tenían los ojos llenos de lágrimas.

Ambos se arrodillaron juntos al pie de la cama.

Y santificada por su renuncia a la vida y por todas las prácticas piadosas que le sugería su fe bretona, la anciana extendió las manos trémulas sobre sus frentes y les dedicó una suprema bendición.

Desde aquel momento, aniquilada ya por el mal, no se vió resto de vida más que en la inefable sonrisa de su boca descolorida, y en la dulce y profunda mirada de sus ojos empañados.

La agonía empezó en la aurora del octavo día.

No era agonía dolorosa, en la que la vida se desprende a sacudidas y por convulsiones que desfiguran, sino esa salida progresiva del alma, que de vez en cuando y en cada etapa de la vía tenebrosa que conduce a la luz, se detiene, hace en cierto modo un alto y abraza con una última mirada el mundo sombrío que abandona, retenida a cada instante por las leyes de la materia de que se está despojando.

Lo primero que se apagó en ella fué la palabra. La voz se fue debilitando y se hizo tan opaca que no era posible oirla.

Una lenta parálisis de las cuerdas vocales les quitó poco a poco sus vibraciones.

Pero los ojos conservaban su expresivo lenguaje, y por un raro efecto de su energía, la moribunda podía mover los brazos y agitar sus dedos.

De ese modo hizo seña a Maina de que le aproximase el crucifijo, y cuando la joven se lo puso en las manos, la anciana se lo llevó piadosamente a los labios.

Después, las manos se inmovilizaron también y por un raro fenómeno de la Naturaleza, recobró un instante la palabra.

Al ver las lágrimas en los ojos de los que la rodeaban se esforzó por secarlas con esta frase:

- No lloréis. ¿Qué me sucede para que os turbéis de ese modo? Que salgo de la vida; nada más... Deberíais, al contrario, regocijaros... Voy a entrar en la inmortalidad.

De repente tuvo como el presentimiento del instante final y dijo al cura:

- Diga usted las oraciones de los agonizantes; se lo ruego. Eso me hará más dulces los últimos momentos.

Y antes de recogerse para ese último acto, interpeló todavía al doctor:

-¡Budinio, acuérdesse usted! ¡Tenga usted confianza en Dios, amigo mío!

No dijo más.

Sus labios no se movieron sino para pronunciar las fórmulas de las oraciones jaculatorias.

Y de repente, el sacerdote, que se había interrumpido un momento, permaneció mudo de estupor.

La moribunda estaba inmóvil, con las manos juntas en el crucifijo y los ojos fijos, abiertos sobre la eternidad.

Su cara había revestido ese carácter augusto que imprime la suprema ruptura de los lazos carnales.

El aliento había cesado.

La anciana había muerto sin que se notase, santamente, sin esfuerzo.

Todo el mundo cayó de rodillas.

Y la oración continuó en un solemne unisono. Solamente faltaba una voz: la que la muerte acababa de interrumpir...

Maina y Tina se levantaron muy afligidas.

Les faltaba cumplir un piadoso deber para conformarse con los últimos deseos de la muerta.

Había que preparar aquel querido despojo para la exposición fúnebre que debía verificarse.

Una hora después, cuando Maina rendida de cansancio por sus veladas y por sus cuidados, quiso dejar la casa mortuoria para ir a descansar un poco, buscó a su tío, que había desaparecido.

Y no encontrándole en parte alguna, se dirigió naturalmente hacia el lecho de muerte.

Maina, que iba a buscarlo, se paró de repente y las palabras que iba a pronunciar se extinguieron en sus labios.

Nunca había visto parecida expresión en las facciones de su tío.

Tenía ciertamente por él el más profundo respeto, pero era un respeto de niña mimada, mitigado por la tierna familiaridad que autorizaba la fácil condescendencia del anciano.

Pero, en aquel momento, Hugo Budinio le pareció desmesuradamente engrandecido.

Al verlo, experimentó Maina un asombro que la dejó inmóvil, como si la majestad de la muerte se hubiera transmitido al vivo; como si aquella cara fija, de facciones rejuvenecidas por el sello de la inmortalidad, hubiera sido un foco del que emanase una llama que transfiguraba la frente del viejo amigo abandonado en la tierra.

El doctor estaba sentado en una butaca a 1 pie de la cama.

Tenía cruzados los brazos, pero la mano derecha lo sostenía la barbilla.

Estaba sumido en una de esas graves meditaciones que son propias solamente de las inteligencias escogidas.

Maina no se atrevió a interrumpirlo.

Más aún, la joven contuvo el aliento para no turbarlo.

Pero la joven había llegado, sin duda, al fin de aquella muda contemplación, pues su tío no tardó en levantarse.

El doctor, andando hacia atrás, como si no pudiera separar los ojos de la cara de la muerta, llegó a la puerta de la habitación y encontró bruscamente a su sobrina.

No pareció sorprendido al ver que le estaba esperando.

Pero con un ademán que no era habitual en él y apoyando la mano izquierda en el hombro de la joven, le señaló con la derecha la pálida cara que se destacaba, rígida, sobre la deslumbrante blancura de las sábanas y dijo solamente:

- Eso hace reflexionar...

¿Qué significaban aquellas palabras del viejo doctor, del hombre que había pasado la mayor parte de su vida en la lucha contra «las sombras»?

¿Saludaba a la majestad de la tumba o dudaba ante una pregunta inesperada que surgía ante sus ojos?

Maina no se atrevió a preguntarle. Comprendía muy bien que aquel laconismo contenía insondables misterios.

El anciano no añadió una palabra en todo el día.

Estaba confinado en el dominio de las meditaciones profundas.

Y todo el mundo pudo seguir en su cara la pista de aquellas meditaciones al ver el recogimiento con que dos días después, siguió en la iglesia y en el cementerio todos los detalles de la fúnebre ceremonia.

Cuando el panteón de los Closquet se abrió para recibir el cadáver de la santa mujer que iba a dormir su último sueño bajo aquellas bóvedas de piedra, Hugo Budinio, marchando detrás de los escasos representantes de la familia, permaneció mucho tiempo con los ojos fijos y la frente inclinada delante de la verja que rodeaba aquel pequeño monumento de granito.

Algo, en efecto, acababa de romperse en su propia existencia.

Una larga e inalterable amistad acababa de tener fin al borde de aquella fosa que devoraba toda una vida de honor y de caridad.

¡Ah! Sí; tenía razón Budinio.

Tales espectáculos «hacen reflexionar».

A partir de aquel momento, el carácter del médico cambió casi por completo.

Sin salirse de la alegría que había sido hasta entonces el fondo de su modo de ser, Budinio tomó un tinte muy marcado de melancolía.

Parecía que sus ideas habían revestido como una gasa de luto, que él trataba de disimular como podía, sin conseguir ocultar por completo ese velo negro a los ojos de los que lo rodeaban.

Un fenómeno análogo modificó el modo de ser de la risueña Maina.

Ya no se oían resonar por todos los rincones de la casa los ecos de su fresca voz.

Joel, siempre solícito para con su prima, le hizo observar que tenía en su frente demasiado frecuentes nubes.

A lo que Maina respondió que el tiempo borraría sin duda aquellos tintes grises y disiparía las brumas que flotaban sobre su juventud.

Y lo dijo así de buena fe, pues no era Maina de las que se complacen en los pensamientos sombríos y tristes.

La joven tenía, en verdad, mucha razón en contar con la influencia bienhechora de los años.

Pero la verdad es que aquel acontecimiento contribuyó a hacer de aquella encantadora muchacha una mujer cumplida.

La asistencia dada a los aduaneros en la terrible noche de la tempestad y su asiduidad a la cabecera de la señora del Closquet habían acostumbrado aquel joven pensamiento a las graves reflexiones.

Y como el anciano a cuyo lado había crecido en belleza, en gracia y en virtud, Maina dió en amar a los pobres y a los desheredados del mundo.

Sus predilecciones fueron espontáneamente por los desgraciados y tomó enseguida la costumbre de las buenas obras.

Desde entonces reservó todos los días algunas horas para visitar los hogares humildes.

La mayor parte de las veces acompañada por Tina, y otras sola, según que las circunstancias apremiaban más o menos, Maina emprendió unas excursiones que le dieron en pocos días una notoriedad de ángel de consuelo.

Las manos de la joven se mostraron llenas de cuidados piadosos y sus labios abiertos a las dulces palabras. Se la encontraba lo mismo al lado de las cunas que a la cabecera de los enfermos menos atrayentes.

Se dedicó por entero a todos, y su corazón se ensanchó con toda esa afección desinteresada, al mismo tiempo que su inteligencia se hacía más vasta y se abría a las demás concepciones del deber social.

Sin darse cuenta de ello y sin sospechar siquiera su fama, Maina no anduvo ya más con la frente ceñida por una aureola mientras el rumor de sus beneficios preparaba de antemano su camino y lo sembraba de flores.

«La sobrina del doctor», como todo el mundo la llamaba en la costa, llegó a ser la criatura ideal adorada por todos los pobres.

Su belleza seráfica, y la deliciosa sonrisa de sus labios sonrosados permitían y hasta fomentaban esas exaltaciones populares que la comparaban sin exageración con los ángeles.

En medio de esos cambios de su existencia precedente y en el momento en que las brumas del otoño empezaban a extender su velo gris por encima del mar y de las rocas, Joel se decidió a dar cerca de su tío el paso decisivo del que iba a depender su dicha y la de Maina.

Era el mes de octubre.

Las primeras lluvias habían ya manchado el suelo y grandes nieblas se arrastraban sobre las olas, ya grises, con ese color de duelo que los mares del Norte revisten como color de invierno sin perder por eso nada de su poesía.

Fue aquel un grave día y una solemne conversación.

VII

Aquel día, los dos médicos volvían juntos de una visita que habían hecho los dos a una rica cliente que vivía en Dinard y que, tanto por gusto como por el cuidado de su salud, prolongaba su estancia en aquel punto veraniego hasta mucho después de terminada la estación.

El tío y el sobrino acababan de desembarcar en el Grand-Bey, por estar muy alto el mar, cuando Joel, sacando fuerzas de flaqueza dijo bruscamente al viejo doctor, con una voz en la que era evidente la vacilación :

- Tío, puesto que estamos solos, quisiera hablar contigo de...

- ¿De qué? -le interrumpió Budinio, que se paró para prestar atención a lo que iba a decirle su sobrino.

- De un proyecto que vengo alimentando hace mucho tiempo y que interesa a todo mi porvenir.

El anciano puso la mano en el brazo del joven y le dijo:

- No tienes necesidad de continuar. Sé de antemano lo que vas a decirme.

- Pero, tío...

- Te aseguro que es inútil que hables -dijo Budinio sonriendo. -Y te lo probaré enseguida.

El anciano señaló con el dedo hacia la roca en que se encontraban, y con ese tono de melancolía que había tomado desde la muerte de la señora del Closquet, invitó a Joel a sentarse en una peña, al pie de la tumba ilustre que tenían enfrente.

- Permanezcamos aquí un momento, Joel. El sitio es oportuno, pues aquí no nos molestarán los indiscretos.

¿En qué estaba pensando entonces el viejo maestro? Nadie hubiera podido decirlo.

Por una de esas cándidas escapatorias de la imaginación que son propias de los viejos, sobre todo cuando una laboriosa existencia ha

hecho pesados los años acumulados sobre sus frentes, el tío de Joel y de Maina dejó en primer lugar que su pensamiento se *explayase*.

Era la hora mística por excelencia, aquella en que el astro al declinar, toca al término de su carrera.

Un capricho de la atmósfera había apaciguado los vientos del mar. La cúpula del firmamento se había aclarado y las nubes, replegándose como sombríos cortinajes, se amontonaban en el horizonte a los cuatro puntos cardinales.

En el límite extremo del occidente, el sol se hundía detrás de un telón de púrpura que parecía una franja de oro en fusión.

El mar, por debajo, reflejaba aquella magnífica puesta del sol y se teñía sucesivamente de todos los esplendores del prisma, extendidos sobre su terso espejo.

Alrededor de la roca, pedestal de un sepulcro, revoloteaban las blancas gaviotas haciendo sonar sus alas.

Del mar surgía algo misterioso, como un rumor de sombras, que saliese del fondo del abismo, obscureciendo lentamente sus profundidades, apagando poco a poco los reflejos luminosos de las olas y saturando de vapores la almósfera, como una trama invisible y palpitante que encerraba en sus pliegues a la Naturaleza entera y la velaba insensiblemente.

- ¿Qué dices de esto? -preguntó el doctor extendiendo la mano hacia el horizonte.

- Digo -respondió Joel con sinceridad -que es un espectáculo maravilloso, del que hacemos muy mal en estar disgustados.

Hugo Budinio se hizo cargo vivamente de aquella justa y precisa observación.

- ¿Disgustados dices? Habla por ti, muchacho. Yo estoy viendo estas cosas hace más de treinta años, sin cansarme. Diré más; cada vez les encuentro un aspecto nuevo y una seducción más poderosa. Si Dios me concediera el descanso a que creo tener derecho, me parece que pasaría mis últimos días contemplando estas maravillas incomparables.

El anciano hablaba con entusiasmo y Joel se preguntaba dónde iría a parar con aquel exordio.

- Sabe, hijo mío, que he reflexionado mucho en la vida, pero nunca como después de la muerte de esa santa mujer a la que todos lloramos... Todo esto que te digo debe de parecerse un poco incoherente y, ¿quién sabe? acaso estás pensando que tu viejo tío no tiene ya la cabeza muy sólida, ¿No es verdad?

El anciano se volvió y miró riéndose al digno joven, que protestaba con energía.

- Muy bien -continuó Hugo Budinio, -pero no cierto es que estás pensando: «Todo eso no tiene nada que ver con lo que tengo que decir a mi tío, y si sigues de ese modo, pasaremos la noche en el *Grand-Bey* sin haber tocado siquiera el objeto de la conversación.» ¡Paciencia! Vamos a entrar en materia, puedes estar tranquilo.

- ¿Qué estaba yo diciendo?... ¡Ah, sí! Te decía que he reflexionado mucho desde la muerte de aquella buena señora del Closquet. Pues bien, mis reflexiones merecen conocerse, pues tienen al menos el mérito de la edad y son el fruto de mi experiencia. Si, como me lo vas a decir ahora, tienes la firme intención de continuar aquí mi tarea y sucederme, mis meditaciones pueden aprovecharte.

Ahora, escúchame sin impaciencia.

El joven accedió respetuosamente al deseo del anciano.

- Escucha, Joel; eres médico como yo, y por consiguiente, sabes como yo y acaso mejor que yo, todo lo que un médico debe saber.

Conoces a fondo el ser humano, o crees al menos reconocerlo, porque, escalpelo en mano, has disecado la pobre armazón animal en que se alberga ese desconocido que se llama el alma.

Sabes que existe una armazón o sea en los vertebrados; que a esa armazón, también dotada de vida, van a adaptarse los tendones y los músculos, los cartílagos y las vísceras; y que a través de esas partes circula la sangre y la irradiación de los nervios, doble sistema de expansión y de contradicción que da origen a la nutrición y a la sensación, es decir, a la vida.

- Sí, tío -dijo Joel, -sé todo eso.

Y apareció en sus labios una vaga sonrisa debida tanto a la ironía ante aquella lección de anatomía, como a la admiración al ver la facilidad del anciano para sintetizar tan claramente el objeto de sus estudios fisiológicos.

Hugo Budinio continuó:

- Sabes todo esto, y sin duda, otras muchas cosas, pero en realidad no sabes más que los viejos maestros de la humanidad, los padres de la medicina.

Hay, sin embargo, una cosa que han olvidado enseñarte, como se olvidaba ya en mi tiempo, y esa laguna te la revelará la experiencia, la práctica de la curación.

Han olvidado enseñarte el método según el cual debes dirigir tu pensamiento en busca de las causas.

Budinio hizo una pausa y esta vez Joel se avergonzó de su sonrisa. Aquel anciano entraba con soberana majestad en el dominio abstracto de la ciencia.... Llamaba a la puerta del templo y sin respeto hacia los iniciados, verdaderos o falsos, llevaba una mano audaz y profanadora al velo que cubre los arcanos de la creación.

- Mira -continuó el viejo doctor, -mira ese sol que se oculta. No sabemos de cierto lo que es, ni de qué materia en ignición proceden su calor y su luz. Pero, al menos, no somos bastante locos para negar crédito a nuestros ojos, que nos atestiguan su presencia y no nos permiten el conocimiento de los cuerpos sino gracias a su claridad...

Pues bien, en las cosas de la ciencia, que son objeto de la visión intelectual, el primer empleo que hacemos de nuestra razón es precisamente negar la existencia de un foco de luz análogo y hasta infinitamente más cierto, puesto que, si no existiese, no nos conoceríamos a nosotros mismos, siendo así que nuestra conciencia no es más que la toma de posesión de nuestra realidad por nuestra facultad de conocer.

- Es cierto -respondió el joven, que a su vez se había puesto serio.

- Me dirás acaso que a qué conduce esta digresión estrambótica...

Voy a decírtelo en pocas palabras.

No, no se nos ha enseñado nunca, «el arte de conducir nuestro pensamiento» como dijo tan bien el gran Descartes. Se nos ha hecho esclavos de la regla general, cuando toda la ilación de la vida y la práctica de nuestra carrera te enseñarán que no existe «regla general», sino sencillamente categorías de hechos en las que encajan las diversas manifestaciones del mal. Tantos casos existen en la enfermedad, tantas observaciones y tantos estudios especiales obligan al médico a conformar su tratamiento al diagnóstico diferencial que él forma.

Obsérvalo bien; no hay más que una imposibilidad de vencer a la muerte para el entendimiento humano, y es su impotencia para fijar los casos individuales que se presentan. Obligado a deducir sin proceder de lo particular a lo general, se engaña casi siempre. Y absorbido o distraído más bien por la multiplicidad de los ejemplos que se presentan a sus ojos, acaba por perder de vista la realidad absoluta, la única verdad palpable en cierto modo; a saber, que la substancia que motiva por su personalidad la diferenciación de esos innumerables casos, no es el cuerpo miserable en que fijamos obstinadamente nuestros ojos de miopes voluntarios, sino que es...

- El alma -dijo Joel, con una grave serenidad que hizo estremecerse a su tío.

- Sí, el alma, Joel; el alma que hace de cada uno de nosotros lo que es en este mundo y lo que debe continuar siendo en otro mundo que no vemos, pero cuya existencia es para nosotros tan cierta como la del otro hemisferio al que el sol lleva su luz en el momento mismo en que lo retira del nuestro.

Solamente entonces comprendió Joel el pensamiento de aquel anciano arrebatado por la inspiración.

- Esto es lo que somos, hijo mío, y esto lo que era la santa criatura que acaba de salir de esta tierra miserable. Desde que esa verdad ha entrado en mi entendimiento, no puedo menos de encontrar nuestra ciencia muy corta y nuestros esfuerzos muy pueriles, pues en ningún caso trabajamos para hacer mejor la parte de esa alma, que es nuestra única personalidad...

La noche había cerrado y un borde rojo y sangriento separaba el cielo del mar.

- Y ahora -dijo riendo el doctor, -vámonos. Aunque acostumbradas a mis tardanzas, Tina va estar inquieta y Maina lo está de seguro. Ahora bien, quiero que la tranquilicemos enseguida, pues es de ella, ¿verdad? de quien quieres hablarme.

- Sí, tío -confesó Joel riendo también.

-Vamos a ver. Yo he vaciado mi saco y a ti te pesa todavía el tuyo. Voy a ayudarte, a que te desembaraces de él lo más pronto posible. Se trata, o mucho me engaño, de casaros lo más pronto posible, en vista de que os amáis y de que no pedís más, el uno y el otro, que echaros mutuamente la cadena al cuello

-Eso es -confirmó el joven, cuya risa aumentó.

- Ya, ves que no me engañaba. Ahora que tu confesión está hecha, voy a darte el gusto de declarar que te absuelvo hasta el punto de que, si yo tuviera tu edad, feliz mancebo, no pensaría de otro modo que tú en esa materia.

- Entonces, tío ¿lo apruebas? ¿Comprendes que la ame?

- Lo que no comprendería, joven, sería lo contrario.

Joel cogió las dos manos de su tío y se las estrechó con una alegría que hizo sonreír al buen señor.

- ¡Diablo!... ¡Qué fuerza de puño! ¿Tanto deseabas mi aprobación?

- Nunca me hubiera atrevido a decir nada sin tu consentimiento.

- Eso te honra, Joel. Pero, si es así, no sabes nada del corazón de Maina... ¿Y si te dice que no?

Y al decir esto, el viejo tenía en los labios una maliciosa sonrisa.

Joel, verdadero aturdido, no echó de ver la contradicción en que incurría y respondió vivamente:

- ¡Oh! Por ese lado estoy tranquilo. Hace mucho tiempo que estamos de acuerdo los dos.

- ¿Mucho tiempo? -dijo en tono de guasa el doctor. -¿Habías entonces previsto mi autorización? Aunque, debiera decir «prevenido».

Y al ver que su sobrino no respondía nada, porque nada tenía que responder, lo tomó del brazo y echó a andar con él.

- Amigo mío -le dijo -no se trata de eso, sino del hecho consumado, os amáis, os lo habéis dicho y sois dignos el uno del otro; por consecuencia, ese matrimonio ofrece todas las garantías de éxito y de dicha. Pero...

- ¿Hay un *pero*? -preguntó Joel, poniéndose de pronto inquieto.

- Sí, amigo, hay un *pero*, y prefiero hacértelo conocer sin ambages.

El matrimonio es encantador y merece toda especie de protecciones. Tendrías, ciertamente derecho para reprocharme el no haber puesto mi conducta de acuerdo con mi opinión. Pero no se trata de eso tampoco, sino de vuestro casamiento posible. Oye, pues, lo que tengo que decirte:

Para casarse, es decir, para sostener una casa y fundar una familia, es preciso tener algunos recursos por delante, pues hay que vivir y ésta es la primera de las obligaciones.

¿Tienes tú esos recursos, mi buen Joel?

El joven hizo con la cabeza un movimiento negativo; pero había previsto la objeción y respondió como hombre resuelto:

- No, tío, no los tengo ahora; pero Dios mediante, sabré crearlos.

- Eso es aventurado, amigo mío, y siempre penoso; puedes creermelo.

- ¿No has sabido tú hacerlo, tío? Pues, lo que tú has hecho...

- Lo harás tú... Sí, conozco esa respuesta. Es una frase valerosa. Pero yo no estaba casado, y empecé en un tiempo muy diferente. Entonces se admitían ciertos sacrificios, ciertas abnegaciones que la existencia actual hace imposibles. No puedes obligar a tu mujer a vivir contigo de pan y cebolla.

Joel arriesgó el todo por el todo recordando sus antiguas esperanzas:

- Pero, tío, ¿no estás tú aquí? No pensamos en modo alguno abandonarte, y lo que produzca mi trabajo contribuirá a mejorar la vida común. Por otra parte, Maina debe de tener algo con que hacer frente a nuestra entrada en materia.

El anciano doctor se paró, y dijo haciendo un esfuerzo visiblemente penoso:

- Maina no posee nada, absolutamente nada, mi pobre hijo. Por nada del mundo te hubiese hecho esta confianza, pero las circunstancias lo exigen. La señora del Closquet, de la que hablábamos hace un momento, ha sido con frecuencia para nosotros más que una amiga y para Maina ha sido una madre. Si tu... prima el doctor vaciló al pronunciar esta palabra - ha podido acabar sus estudios y recibir una magnífica educación, a aquella señora se lo debe. Yo soy el más pobre de los hombres. Mi clientela no tiene nada de rica, y jamás he sabido hacerme pagar...

El doctor hizo una nueva pausa y dijo cambiando de tono:

- Pero estos asuntos son demasiado graves para tratarlos así a la ligera. Si te desanimase, sería tan culpable como ocultándote los peligros de una resolución irreflexiva. Vámonos a casa. Tengo que hacerlos, a Maina y a ti, una confidencia que hubiera debido acaso habérsela hecho antes.

No dijo ni una palabra más y los dos hombres doblaron el paso, para llegar pronto.

El doctor había tenido razón al temer que las mujeres estuvieran inquietas por su tardanza.

Al volver, el tío y el sobrino encontraron a Maina muy pálida y a Tina muy nerviosa.

Ni la una ni la otra acogieron más que a medias las excusas que se les dieron, de tal modo que Joel, no se pudo contener, y dijo en un acceso de brusca franqueza :

- Pues bien, sí, es verdad; hemos tomado el camino de los muchachos al salir de la escuela. Al desembarcar en el *Grand-Bey*, la puesta del sol nos ha incitado a hablar de cuestiones de orden abs-

tracto, que nos han hecho perder un poco de vista la cuestión concreta e inmediata de la comida.

- Puesto que hemos vuelto a la tierra, tratemos de hacerle los honores -añadió alegremente el doctor... -Tú, Joel, tienes un apetito de veinte años, y yo mismo, a pesar de que mis dientes empiezan a negarse a servir, me siento capaz de tragar nueces con cáscara y todo. ¡A la mesa! -concluyó dando una palmada.

Todos se sentaron juntos en torno de la cena, pero siguió reinando un silencio molesto.

El doctor quiso sin tardanza, que cesase aquella atmósfera de hielo, y dijo de repente a Maina, cuando ésta menos lo esperaba:

- ¿Sabes pequeña, la extraña proposición que me ha hecho tu noble y brillante paladín, Joel Budinio, mi sobrino?

- No, tío -respondió la encantadora joven, que mentía, para atenuar los colores que le salían a la cara.

- ¿No la adivinas? Yo te creía más sagaz -dijo el anciano riéndose.

Y sin esperar la respuesta de Maina, le dijo a quemarropa:

- Tu primo tiene prisa por casarse, y hasta tiene ya el égida una compañera que, a lo que parece, está dispuesta a decir amén.

Tú, que recibes todas las confidencias de Joel, debes saber de qué joven se trata..

Verónica, que se había contentado de pronto, respondió con animación:

- Ciertamente tío, estoy al corriente de sus proyectos matrimoniales.

- ¿Y los apruebas?

- Sin reservas. Joel me parece que no ha hecho una mala elección.

- Sé que eres una muchacha de buen sentido y puedo fiarme de tu juicio.

Hubieran seguido bromeando de este modo, si una carcajada de Maina no hubiera puesto fin a aquel discreto y recordado al anciano que era tiempo de tratar seriamente la cuestión.

Hugo Budimo pareció tomar entonces una resolución grave.

Se le vio pasarse varias veces la mano por la frente, como para ahuyentar de ella una preocupación, y por último, dirigiéndose a los jóvenes, les invitó a seguirle a su cuarto para hablar con él de lo que era objeto de sus preocupaciones.

Cuando los tres estuvieron sentados los unos enfrente de los otros, Joel y Maina comprendieron por la solemnidad de la actitud y del tono de su tío, que había llegado el momento decisivo de su existencia.

- Hijos míos -empezó el doctor, - no quiero pararme en preámbulos ni hacer un discurso. Conozco vuestra común afición y me regocijaría por ella con toda mi alma, si la realización de vuestro sueño no me pareciera traer consigo una larga cadena de preocupaciones.

- ¿Qué quieres decir, tío? -exclamó Verónica, cuyas facciones revelaron una repentina alarma.

Joel no dijo nada. Conocía las objeciones de su tío, por haberse las oído momentos antes.

Budino continuó dolorosamente y en frases entrecortadas:

- Quiero decir, querida Maina, que voy a hacerlos recíprocamente, juicio de vuestras situaciones y que confío en vuestra propia sentencia para aseguraros la felicidad, si ésta depende de la unión que soñáis.

Joel, la mujer con quien quieres casarte está provista de todas las gracias de la juventud y de todas las virtudes de la edad madura..

Casada con un hombre de posición desahogada, puede pasar una existencia dichosa y ver florecer sus días en ramilletes de ternura, ignorando las privaciones y los sufrimientos.

¿La quieres por ella misma?

No te pido que renuncies desde luego al pensamiento de hacer de ella tu compañera, sino, sencillamente, que aplaces el cumplimiento de ese sueño para el día en que, estando tú en una posición independiente, puedas evitarle las decepciones y los trabajos y asegurarle la categoría y la felicidad de que es digna por tantos títulos.

Al dirigirte este consejo, hablo como padre, no sólo para ti, a quien tengo derecho de tratar como hijo, sino también para ella, verdadera hija de mi corazón, a la que hace tantos años no miro más que para pensar qué corona sería bastante hermosa para su frente y qué goce bastante elevado para su alma.

Y tú, Maina, niña querida, que me has pagado con tal cariño, que no has pensado siquiera en averiguar el origen de nuestros vínculos; tú, que me has colmado de tus caricias de niña, responde con franqueza, a la pregunta que voy a hacerte. Amas a Joel, y te conozco bastante para saber que estás pronta a sacrificarlo todo por su dicha. Pues bien, no hay para Joel ningún porvenir en Saint-Malo, como no sea el del viejo médico ignorado y oscuro, que no puede siquiera asegurarle una clientela.

Al casarte con él, unes tu existencia a la de un hombre forzosamente condenado al olvido y al que los deberes de padre de familia crearían nuevas y pesadas cargas.

Por el contrario, si a fuerza de pruebas noblemente soportadas, en un campo más vasto y más brillante, en París, por ejemplo, Joel consigue crearse una de esas posiciones que hacen honor a una voluntad tenaz y perseverante, ¿no crees que tu abnegación o, por lo menos, tu pasajera resignación, le facilitarían los medios para llegar más pronto al fin apetecido?

Os repito que sois jueces, el uno y el otro, de la situación, y cedo la palabra a vuestras conciencias.

Lo que decidáis, estará bien decidido.

... ..

Se produjo un largo silencio, durante el cual los tres interlocutores pudieron contar por la frecuencia de sus suspiros las pulsaciones desordenadas y violentas de su sangre en las arterias.

Por fin, Maina levantó la cabeza, y preguntó muy turbada al anciano

- Tío, has hablado hace un momento del origen de nuestros vínculos. ¿No tengo derecho a pedirte que me hagas conocer esos lazos, que son para mí desconocidos al mismo tiempo que sagrado

VIII

- Precisamente para hacértelo conocer, querida niña, te he traído aquí al mismo tiempo que a Joel. Y te ruego que no veas en lo que voy a decirte más que mi deseo de iluminar tu conciencia y de hacer a tu libre albedrío apto para pronunciar el juicio que espero de ti.

El doctor se interrumpió, y después dijo de una tirada, y como si temiera escucharse él mismo:

- Maina, tú no eres mi sobrina.

Los dos jóvenes se levantaron al mismo tiempo, muy pálidos. La misma conmoción los había movido, y aquella frase, tan sencilla en sí misma, había sonado en sus oídos como una revelación de desdicha.

Maina se hizo eco de aquella declaración de una manera inoportunamente contradictoria :

-¿No soy tu sobrina, tío?

Y añadió enseguida :

- Pero, entonces, ¿qué soy para ti?

El mismo pensamiento acababa de arrojar una siniestra claridad en sus inteligencias, como un relámpago repentino.

Si Verónica no era sobrina del doctor Budinio, ¿cómo había que llamar al lazo que la unía al anciano?

¿Habría en el pasado de aquel hombre venerado por todo el mundo, alguna página desconocida, en la que estuviera escrito un recuerdo penoso?

¿Había esperado que llegasen aquellas circunstancias solemnes para revelar a la interesada el verdadero derecho que tenía sobre su corazón?

¡Pero no! Toda la vida de Hugo Budinio protestaba contra esa sospecha que hacía enrojecer la frente de Joel y oprimía de remordimientos el pecho de Maina.

Hasta en aquel momento preciso, la noble fisonomía del viejo médico expresaba una majestad que parecía agrandarle a los ojos de los dos jóvenes.

Budinio continuó con voz más segura, ya que el golpe estaba dado:

- No he tenido mas que un hermano, que era el padre de Joel. No tengo pues, ninguna sobrina, sino un sobrino, que eres tú. Os revelo estos detalles para que no ignoréis nada, y sepáis que sólo Joel es mi heredero y que Maina no podría ser más que una legataria, si pudiera tratarse de sucesiones y de herencias cuando se habla del viejo Hugo Budinio, enteramente pobre.

Esta vez, la exclamación que brotó del pecho de Maina no expresó más que la pena.

- ¿No soy entonces, nada tuyo tío?

La palabra «tío» traducía la costumbre de aquel pobre corazón dolorido.

La joven corrió a él y se dejó caer anhelante ante sus rodillas; cubrió de besos su mano derecha, de la que se había apoderado, y murmuró con voz entrecortada por los sollozos:

- Bien sabes que no pienso en herencias, y que no deseo más que, una cosa, y es estar siempre lo más cerca posible de ti, para devolvarte en cariño todo el bien que me has hecho. Sabes que ese título de sobrina es la sola alegría que he tenido desde mi infancia, y que no renunciaré a él por nada del mundo.

El anciano se había inclinado hacia ella.

Y estrechando a aquella niña con los dos brazos, la oprimió contra su corazón y apoyó los labios en los sedosos rizos de aquella frente virginal.

- ¡Bah! -dijo por fin dulcemente, ese titulo no es el más cariñoso que una boca humana puede pronunciar. Si no eres mi sobrina, ¿no eres mi hija, la verdadera hija de mi corazón? Y yo, que no debía conocer los goces de la paternidad, ¿no he encontrado en ti, Maina querida, la más dulce, la más amante y la más amada de las hijas?

Las lágrimas de la joven se habían ido secando poco a poco. Y todavía corrían las últimas perlas por sus sonrosadas mejillas, cuando ya se encendía el júbilo en sus hermosos ojos y en su boca maliciosa.

- Entonces -dijo, -sólo hay que cambiar el nombre, y en vez de llamarte «tío», te llamaré «papá». Y ahora, te pido con las manos juntas que me digas cuáles fueron las circunstancias que hicieron de mí tu hija.

El anciano le mostró la silla que ella acababa de dejar, y continuó muy despacio:

- Siéntate ahí. Voy a contarte esa historia, y de este modo no tendrás nada que reprocharme.

Maina se volvió a sentar.

Un silencio absoluto reinaba en la habitación.

Y los dos jóvenes escucharon con profundo recogimiento el relato que les hizo el viejo doctor.

- Hace diez y ocho años, mi querida Maina, el cólera visitó nuestras costas.

El terrible azote hizo estragos en Saint-Malo y los extendió más lejos todavía. Todo el país le pagó su fúnebre tributo, desde la orilla del mar hasta el interior de las tierras. Dinard, Saint-Enogat, Saint-Lunaire, Saint-Jacut, Dol, Pontorson y Dinan, vieron la plaga que segaba sus víctimas.

Pero en Dinan fue donde se mostró más feroz.

Todos mis colegas de la región estuvieron en pocos días agobiados de trabajo.

Y todos ellos, héroes oscuros, pagaron con la vida su abnegación.

Mi tarea, ya espantosa, fue cuadruplicada por los llamamientos de los alrededores, esos llamamientos que son órdenes para el médico verdaderamente digno de su misión.

Yo me esforcé por serlo, y corrí al peligro.

Parecía que aquel relato fatigaba visiblemente al doctor, porque su cabeza se inclinaba, su busto se estremecía y su voz, muy clara de ordinario, resultaba entonces velada con sordas resonancias.

- ¡Ah! Sí -continuó; -la enfermedad asiática descargaba golpes terribles. Las estadísticas oficiales no dicen nunca esas cosas para no asustar a las poblaciones. En Dinan la cifra de muertos fue considerable. Yo me escapé sin gran trabajo. No había llegado mi hora.

Una tarde, cuando me disponía a volver en el barco, oí que me llamaba una campesina. Estaba yo en el camino de al lado del mar esperando el embarco.

La que me llamaba era una mujer todavía joven, que huía con un niño en brazos y otros dos asidos de sus faldas.

- ¡Señor doctor! -gritaba, -¡señor doctor!

Yo me figuré lo que iba a decirme; una petición de consulta al aire libre. Y como eso no cuesta nada, y los campesinos no eran ricos en aquellos tiempos, me dispuse a concedérsela.

Pero me engañaba; no se trataba de eso.

Aquella mujer era valiente y buena y hacía el bien a su modo.

Mostrándome con el dedo una cabaña situada al lado del camino, en la orilla del mar, me dijo :

- Señor doctor, allí, en aquella casa, hay una pobre gente que necesita socorro. Todo el mundo está malo, y se huye de ellos como de la peste. Si pasa usted por allí, hará una buena acción.

En Bretaña, me sorprendía mucho aquel abandono de los desgraciados.

Pero, ¿qué queréis? Estábamos en lo más fuerte de la epidemia y los atacados morían a centenares. El pánico reinaba como soberano, y hacía el vacío alrededor de los infortunados. Os aseguro, hijos míos, que el cuadro no era de los que reconfortan ni de los que dan buena opinión de la triste especie a que pertecemos.

Maina seguía la narración con un interés fácil de comprender.

- ¿Y qué viste en la casa? -preguntó, palpitante de curiosidad.

El doctor Budinio se sonrió.

Y antes de continuar dirigió a la joven un ademán de agradecimiento.

- Déjame darte las gracias, ante todo, por la buena opinión que tienes de mí. Porque veo que has supuesto enseguida que entré en aquella casa... En efecto, a causa, sin duda de que la enfermedad no me daba miedo, franquéé aquel umbral inmediatamente.

¡ Qué espectáculo, hijos míos! ¡Qué inolvidable espectáculo!

En aquella casita, donde reinaba cierto desahogo, se había cebado la destrucción.

En los tres cuartos que recorrí, había cinco camas y una cuna.

En dos de las camas, había ya dos muertos, y no pude hacer por ellos más que dar permiso para que los enterraran.

En las otras tres yacían una mujer todavía joven y dos niños.

Los dos niños murieron veinticuatro horas antes que su madre, y si alguna vez he visto un cuadro extrañamente sublime, fue el de la alegría de aquella mujer al pensar que no sobrevivía a sus hijos y que los dos pobres angelitos no hacían más que precederla, a fin de guardar para ella un lugar en el Paraíso.

El anciano hizo una nueva pausa.

Pero, después de ella, pareció a sus oyentes que se le había aclarado la voz y que hablaba con menos violencia.

- En cuanto me vió, aquella madre tuvo un rasgo de honradez. Incorporándose en la almohada, me dijo:

- Señor doctor, en esa cuna hay otra criatura, una niña de la que sólo soy nodriza. Precisamente acabo de destetarla. Todavía no tiene nada. Llévesela usted de aquí, a esa pobre querida que no pide más que vivir. Después, si es tiempo todavía, volverá usted a asistirnos. Yo tendré fuerza todavía para cuidar a mis pobres hijos, y si Dios quiere, que vivamos, Él nos salvará.

¡Dios no quiso dejarlos en la tierra!...

Budinio tuvo que interrumpirse otra vez, porque le ahogaba la emoción. El buen señor se enjugó los ojos con el dorso de sus arrugadas manos.

Joel y Maina también estaban llorando..

En aquel momento veían ya cuál iba a ser el fin del relato.

Pero escucharon religiosamente el epílogo del viejo doctor.

- ¿Qué iba a hacer? Cogí la niña de su cuna. Estaba dormida, y te juro Maina, que piense ahora lo que quiera el bueno de Joel, nunca has estado más bonita que en aquel momento.

La nodriza me dijo tu nombre al día siguiente, cuando fui a visitarla. Te llamas María Ana Verónica... y nada más. De María y Ana, aquella mujer había formado Maina, ese nombre querido que te hemos seguido dando.

Tú estabas ya entonces en los brazos de Tina, y llenabas nuestra pobre casa con tus gorjeos de pájaro sin plumas.

¿Qué más he de decirte? No tenías padre ni madre. La pobre mujer que los suplía había muerto también. No te quedaba más que el apoyo y la protección del doctor Budinio, y fuiste mi hija. La ley exige veinte años de cuidados para tener derechos a la adopción. Dentro de dos, si estoy todavía en este mundo y tú lo quieres, la ley consagrará oficialmente esa filiación.

Maina se levantó y fue de un salto a echarse en los brazos del anciano.

- ¡Oh! ¡Padre, padre mío! Puedo darte ese nombre, porque ¿quién tiene derecho a él más que tú? Te doy las gracias doblemente por haberme contado esa historia, pues no sólo me enseña mi origen, sino que me dicta mi deber, un deber que ya me había indicado mi corazón.

- ¿Cuál es ese deber, según tu corazón? -preguntó Hugo Budinio con una ternura infinita.

- El de no dejarte nunca, padre mío, nunca, lo entiendes? Dios me ha entregado a ti y él sólo tiene derecho para arrancarme de tu lado. Pero -añadió con deliciosa sonrisa, - te tengo muy bien y te quiero demasiado para que Dios decida desatar hoy lo que ató hace dieciocho años.

Joel había, permanecido mudo en el curso de estas declaraciones.

El joven estaba en pie, con la frente inclinada y entregado a graves meditaciones.

- ¿Y él? -preguntó el anciano a Maina, designando a su sobrino.

La joven se volvió por completo, y vio a Joel callado y pensativo.

- ¡Él!...-exclamó con ímpetu amoroso.

Pero de repente la palabra murió en sus labios, como si hubiera temido decir demasiado.

El joven la animó con un ademán, y dijo a su vez.

- Puedes decirlo todo Maina. Espero con confianza tu sentencia.

Los ojos de la encantadora muchacha brillaron bajo un húmedo velo.

- Has dicho, padre mío, que Joel era tu hijo. No depende más que de él el llegar a serlo en realidad. Cualquiera que sea su resolución, puede contar conmigo. Lo esperaré.

Joel, entonces se inclinó ante aquella manita de uñas sonrosadas, y la besó respetuosamente.

- Gracias, Maina -murmuró. -Y tú tío, oye mi resolución irrevocable. No soy un ambicioso vulgar, y no iré a pedir la gloria a París. Lo que yo ambiciono es continuar tu noble tarea, aprender a tu lado y llegar a ser, bajo tu égida y tu protección, no el médico, sino el amigo de los pobres. El día en que Maina y tú juzguéis la prueba suficiente y creáis que he merecido mi recompensa, me diréis el uno y la otra:

«Joel, has dividido tu corazón en dos pedazos. Reúnelo juntando los dos amores que de él participan».

El joven se calló.

El doctor Budinio se quedó mirándolo, con la cara inundada de lágrimas.

-¡Joel! ¡Hijo mío! - exclamó por fin, abriendo los brazos al joven.

... ..

Los dos novios se habían prometido esperarse mutuamente, pero no se esperaron mucho tiempo.

Un mes después, el notario Berquier avisó al doctor Budinio que tenía que hacerle una comunicación importante, así como a sus sobrinos.

Cuando los tres visitantes estuvieron sentados en las butacas de cuero destinadas a los clientes, el depositario de la fe pública, riéndose para sus adentros, desplegó una rica cartera de tafete, y sacó de ella una minuta.

En seguida, se puso a leer con estudiada lentitud las disposiciones siguientes

«Este es mi testamento»

En el año de 188... el ... de septiembre,
yo... de la Roche Bernard, baronesa del Closquet, sana de espíritu y pronta a comparecer ante Dios, he decidido lo que sigue:

Artículo X. Doy y lego a mi antiguo amigo el doctor Hugo Budinio un título de renta al 4 1/2 por ciento, que representa una suma de 4500 francos, «inalienable e inembargable», para que la disfrute durante su vida.

Artículo XI. Doy y lego a la señorita María Ana Verónica Budinio, llamada en familia Maina, el capital de esa renta o sea ciento diez mil francos en numerario, más mi hotel de la calle Saint-Vincent, y una suma suplementaria de cien mil francos, que representa la parte de herencia que hubiera correspondido a mi sobrino Roberto Helián, conde del Closquet.

Dicha señorita María Ana Verónica Budinio tendrá a su cargo:

- 1.º Vivir al lado de su tío durante toda la existencia de éste.
- 2.º Casarse con el señor Joel Budinio, sobrino del doctor mencionado, dentro de los seis meses siguientes a la apertura de mi testamento».

Hay sorpresas que no se analizan.

El notario Berquier pudo observar todas sus fases en las caras de sus oyentes.

Después, cuando creyó que había dado su turbación tiempo suficiente para disiparse, preguntó :

- Señorita Verónica Budinio, en familia Maina; señor doctor Hugo Budinio; ¿tienen ustedes alguna objeción que hacer contra esas disposiciones testamentarias? La familia de la difunta las ha suscripto sin restricciones y hasta con reconocimiento.

El anciano, cuya vista no estaba muy clara en aquel momento, murmuró:

- No sé, realmente, si puedo...

- Espere usted -dijo el notario; -iba a cometer una tontería. La moribunda dejó para usted una carta personal que va acaso a disipar sus vacilaciones.

Y con lágrimas en los ojos, el doctor tomó aquella misiva, trazada con mano temblorosa, último recuerdo de la muerta y suprema reliquia de la bienhechora ausente. Procurando contenerse, leyó lo que sigue:

«Mi querido y antiguo amigo:

La última carta que escribo es para usted.

Acepte usted el legado, que no es más que una reparación.

La niña que usted recogió hace dieciocho años, que usted ha educado y que debe ser la esposa de su sobrino, nuestra querida Maina, es hija de mi pobre sobrino Roberto del Closquet, muerto antes que yo, hace unos días. Maina hereda pues, a su padre.

Adiós, o más bien, hasta que nos veamos a los pies de Dios. -*La Baronesa del Closquet.*»

En cuanto el doctor terminó la lectura, el notario le dijo:

- Como esta señorita es menor, usted debe aprobar su consentimiento, doctor. ¿Acepta usted?

- Venga la pluma -dijo el anciano sin más fórmulas.

Al salir de casa del notario, Budinio dijo a los jóvenes:

- Mañana daremos los pasos necesarios para vuestras amonestaciones. Y ahora tenemos que hacer una visita.

- Sí -respondió religiosamente Maina; -una visita de agradecimiento.

Y los tres tomaron juntos el camino que conduce al viejo cementerio de Saint-Malo.